



0. Índice:

- 1. Y la información será libre...¿o no?. Pedro de las Heras Quirós y Jesus M. González Barahona**
- 2. Made in Cuba: Cazadores de imágenes. Alejandro Madruga**
- 3. Wu Ming, las historias como hachas de guerra. Amador Fernández-Savater**
- 4. William Gibson: el resurgir del ciberpunk. Nómada.**
- 5. El mercado de invierno. William Gibson.**
- 6. Historia del cine ciberpunk. (Primera parte: Los orígenes) Raúl Aguiar**

Y la información será libre... ¿o no?

Pedro de las Heras Quirós y Jesus M. González Barahona



Resumen:

Las tecnologías de distribución de información están cambiando como no lo habían hecho nunca antes en la historia. Las posibilidades que nos proporcionan estos cambios y los desafíos a los que nos enfrentan son también nuevos en la historia, y tienen una potencia capaz de modificar muchos fundamentos básicos de la sociedad tal y como la hemos conocido durante los dos últimos siglos. En este ensayo tratamos por un lado de exponer la situación actual tal y como la vemos, y por otro, de dar dos visiones alternativas sobre cómo podría ser esta sociedad que nos espera. En ellas no intentamos hacer futurología, sino sólo extrapolar algunas tendencias actuales y llevarlas a lo que a fecha de hoy percibimos como sus extremos. Por supuesto, la realidad que nos encontraremos será bien diferente, y seguro que mucho más impresionante... e increíble.

Pasado y presente

EL SOFTWARE LIBRE: ORIGEN Y SITUACIÓN ACTUAL

La legislación sobre patentes y derechos de copia ha marcado el desarrollo de la tecnología informática. Hasta finales de los años sesenta el software era libre. El código fuente de los programas se distribuía sin trabas entre los compradores de ordenadores como parte del servicio que recibían, para que los utilizaran libremente y sin coste adicional. En esa época, en las universidades fluía el código fuente de manera natural.

A principios de los setenta el panorama cambió drásticamente. La venta de software sin fuentes y sin permiso de redistribución ha marcado los últimos treinta años, situando entre las primeras del mundo por capitalización a empresas cuya fuente de ingresos casi exclusiva proviene de la venta de copias de software propietario. Y el caso de la industria del software no es aislado. La legislación sobre derechos de copia se ha utilizado durante varios siglos no sólo para permitir el proteccionismo en ella, sino también en otras industrias más ``clásicas" (en las cuales, de hecho, tiene su origen el modelo), como la discográfica, la del vídeo y la editorial. En general, podría decirse que hasta la fecha el sector las industrias de la información ha tratado de impedir, con éxito, el flujo libre de información, con el argumento de que de esa forma la sociedad dispondrá de más y mejor información.

Por otro lado, cada vez son más voces las que reclaman una revisión de la legislación sobre patentes y derechos de copia. La posibilidad de intercambiar datos con coste prácticamente nulo gracias a Internet es en gran parte la razón que está guiando este proceso de revisión que afecta a uno de los principales sectores económicos de las sociedades desarrolladas.

En el sector informático, la situación está cambiando gracias al software libre. Cabe situar el origen de este proceso de liberación a principios de los años ochenta, cuando Richard M. Stallman emprende el proyecto GNU. El esfuerzo pionero y visionario de Stallman y el trabajo simultáneo y continuado de muchos programadores, ha permitido que a finales de los años noventa el fenómeno del software libre adquiriera consistencia y sea considerado con interés por empresas y usuarios. Puede marcarse como hito histórico la liberación del código fuente del navegador de Netscape, en 1998. Desde ese momento el software libre ha irrumpido en grandes sectores la industria informática: fabricantes de Hardware como Intel, Cisco o Sony utilizan software libre sobre sus procesadores. Dell, Compaq e IBM distribuyen GNU/Linux con sus equipos. Nuevas compañías cuya fuente de ingresos depende del éxito del software libre, como Red Hat o VA Linux, han conseguido en el Nasdaq una financiación que hace sólo un año habría sido simplemente increíble.

Aún así, está por ver si existe un modelo económico viable que posibilite que una parte importante del software desarrollado por la industria se distribuya como software libre. Los próximos años nos mostrarán si somos o no capaces de encontrar este modelo.

NO SÓLO EL SOFTWARE QUIERE SER LIBRE

La distribución digital de información (audio, vídeo, libros, software) está alterando la industria tradicional. Internet ha hecho posible que cualquier persona pueda intercambiar fácilmente información digitalizada con el resto de internautas. La experiencia durante este último año con programas como Napster, que actúa como directorio de grabaciones audio en formato MP3, ha alarmado tanto a la industria del sector que ya ha emprendido acciones legales contra la empresa que lo distribuye. Cualquiera puede grabar en el disco duro de su casa una canción de un CD en un fichero en formato MP3, y a través de Napster informar de la disponibilidad de ese fichero al resto del mundo. Unos minutos después alguien puede estar escuchando esa canción a miles de kilómetros. A juzgar por el número creciente de usuarios de Napster, y salvo que pensemos que los ciudadanos no saben lo que quieren, es un hecho que son muchos los que no consideran moralmente reprobable utilizar estas herramientas.

De manera simultánea a esta tendencia, la industria está tratando de emplear un buen número de métodos técnicos y legales para impedir este proceso liberalizador: libros electrónicos intransferibles que permiten sólo un cierto número de lecturas, códigos de protección en DVDs, nueva legislación como UCITA en EE.UU., o aplicación estricta de la existente, como la persecución parapolicial que realiza la BSA o la detención del programador noruego del caso DeCSS-DVD.

Todos los sectores de la industria de la información se ven afectados. Hace tan solo unas semanas Stephen King publicó un libro electrónico con protección anticopia que en breves horas se convirtió en el libro más distribuido en un corto espacio de tiempo

de la historia de la humanidad. A los pocos días ya circulan por la red copias desprotegidas del libro.

Es notable, y como mínimo un hecho sobre el que merece la pena reflexionar, que a las primeras de cambio, en cuanto los medios técnicos lo han permitido, los ciudadanos opten en masa por copiar y dejarse copiar información, aun a sabiendas de que, por ahora, es ilegal. Y esto cuando la sociedad tiene (al menos teóricamente) una experiencia acumulada de cientos de años con la legislación de derechos de copia en el sector del libro, y de casi un siglo en los sectores de grabaciones musicales e imagen.

Podría decirse que las personas tienen una tendencia natural a compartir la información. Sólo la imposibilidad técnica y las medidas coercitivas han hecho posible que hasta ahora esta tendencia no haya podido expresarse en toda su magnitud. Y por lo tanto, la sociedad tampoco ha podido experimentar nunca con las posibilidades que proporciona el libre flujo de información (salvo en sectores concretos, y de forma parcial, como por ejemplo en el campo científico). Del enfrentamiento de estas dos fuerzas contrapuestas -por un lado las presiones para limitar el uso y distribución de la información, por otro las tendencias a usar y redistribuir información sin trabas- dependerá el futuro del software libre en particular, del acceso a la información en general, y posiblemente del mismo modelo de sociedad hacia el que nos dirigimos.

¿QUÉ FUTURO NOS ESPERA? 2010: EL FIN DE LA PROPIEDAD INTELECTUAL

Año 2010. El coste de duplicación de la información ha sido prácticamente cero desde hace una década. Desde 2005 casi todos los países desarrollados incorporaron legislación para permitir el acceso gratuito y de calidad de todos sus ciudadanos a la Red. Hacia 2008 casi la mitad de la población mundial dispone de este tipo de acceso, y gracias a los programas de coordinación internacional se espera una cobertura del 85% de los habitantes del planeta para 2015. Junto con estas medidas, la iniciativa privada y la pública han conseguido mejorar y simplificar enormemente los medios de publicación de contenidos en la Red, hasta el punto de que cualquier persona con acceso puede hacer pública, en buenas condiciones, cualquier tipo de información (desde una novela que haya escrito, o un ensayo económico o político, o una obra musical, o un escenario de realidad virtual, o un programa de asistencia al aprendizaje). La producción de información de calidad (comparable a la que a finales del siglo XX era redistribuida por editoriales de libros, estudios de cine o productoras de música) se duplica cada seis meses desde principios de siglo, y está llevando a un florecimiento de la cultura y la ciencia que deja muy atrás al impacto del Renacimiento o la Ilustración.

¿Cómo ha sido posible esta situación, si la legislación internacional ya no permite cobrar derechos de autor ni derechos por patentes? Sin duda, el impacto mayor lo han tenido las decisiones legales de primeros de siglo. Comenzaron con tímidos movimientos de algunos países limitando los monopolios de explotación de las patentes relacionadas con la información y la biología. Continuaron con las decisiones de algunos pequeños estados de retirarse (o no incorporarse) a los tratados internacionales que limitaban el libre flujo de la información entre los ciudadanos (en aquella época llamadas ``leyes de propiedad intelectual"). Al principio, las presiones

que tuvieron que soportar (incluidas amenazas de separación de la Red, bloqueo de intercambios de bienes culturales, etc.) fueron enormes. Pero poco a poco, estas presiones se mostraron absolutamente inoperantes frente al desarrollo de la propia Red, y a la enorme ventaja competitiva de estos estados en el mercado global de conocimientos, cultura y tecnologías de la información.

Hacia 2005, la situación para zonas económicas como la Unión Europea era claramente insostenible. Por un lado, las limitaciones al flujo libre de información les impedían mantener sus propios sectores de generación de información. Sus propios ciudadanos preferían cada vez más utilizar (y producir, mediante agentes interpuestos) información en las zonas libres. Muchos contenidos se desarrollaban cada vez más en el antiguamente llamado tercer mundo, que se estaba sumando más y más a las áreas que no controlaban el flujo de información. En 2006, la Unión Europea fue la primera zona económica del mundo desarrollado que sometió a referéndum popular su legislación sobre control del flujo de información. Tras una enconada campaña, triunfó claramente la propuesta de eliminar masivamente estos controles. Hacia 2008, el resto del mundo desarrollado se vio forzado a realizar referendos similares, o simplemente a abolir esa legislación.

En el campo informático, podemos afirmar que el software libre ha permitido durante la década que termina que los centros de educación y las industrias locales de muchas regiones del mundo puedan producir programas de tecnología punta, no quedándose descolgados de los desarrollos más interesantes de esta época. Aunque sea difícil de comprender hoy día, conviene recordar que a finales del siglo XX muchos de estos países prácticamente tenían vedada la participación en la industria informática más que como compradores, al no tener una industria fuerte de software propietario (el modelo imperante en esos momentos).

El hecho de que grandes proyectos de software como GNOME o la distribución Debian de GNU/Linux contasen con numerosos desarrolladores en países de Europa o Sudamérica planteó al principio de la década del 2000 interesantes reflexiones de cara al futuro. Diez años después podemos afirmar que este hecho modificó la balanza tecnológica en el sector del software, equilibrando la situación que hasta hace poco era favorable a los intereses de los EE.UU.

Durante estos últimos años han surgido nuevas formas de generar recursos para hacer posible la creación de contenidos, aunque muchas de ellas tampoco son tan nuevas. En el campo del software libre ya habían emergido a finales del siglo pasado modelos de financiación alternativos, generalmente basados en la prestación de servicios alrededor del software desarrollado, o bien en el cobro por desarrollos específicos.

La pasada década ha demostrado que eran falsos los supuestos que manejaban las industrias audiovisual y del libro para justificar el proteccionismo que les garantizaba la legislación de derechos de copia. Durante estos años no ha cesado la producción de contenidos artísticos y técnicos (desde música hasta películas y libros electrónicos) como se quería hacer creer. Antes al contrario, entre el 2000 y el 2010 hemos podido conocer nuevos artistas y la variedad de contenidos ha sido superior a la que estábamos acostumbrados en el pasado siglo. Los nuevos mecanismos de financiación que se han ido descubriendo han hecho aflorar un mayor número de tendencias. Hemos asistido a la desaparición de los fenómenos de masas del siglo XX, provocados

y controlados férreamente por la industria de contenidos, y a la vez hemos sido testigos de otros nuevos, emergidos del gusto de los ciudadanos. Hemos tenido, en resumen, la oportunidad de elegir libremente a quién subvencionábamos para que produjera nuestras melodías preferidas, dirigiese y/o interpretase las películas que más nos gustaban, o escribiese los libros y el software que necesitamos.

A finales de la década, la economía mundial continúa creciendo, gracias a los nuevos servicios demandados por esta sociedad de la información libre. Por primera vez en la historia, más de la mitad de la población mundial participa de este crecimiento, ya que las posibilidades de ofrecer servicios de información competitivos desde cualquier parte del mundo cada vez es más real. Los países desarrollados aún tienen cierta ventaja competitiva, debido a su mejor infraestructura de comunicaciones, pero las diferencias están reduciéndose rápidamente, ya que todos están interesados en que esta nueva sociedad de productores-consumidores de información se extienda lo más rápidamente posible a todo el planeta.

Y los cambios no han hecho más que empezar...

2010: LA PROPIEDAD SOBRE TODO

Mientras la sociedad seguía preocupada por la economía "tradicional" de los bienes tangibles, la legislación sobre control de la información se desarrollaba a sus espaldas. Ingentes campañas de publicidad modelaban el pensamiento de los individuos del mundo desarrollado, y estas ideas eran después exportadas al resto del planeta. Algunos países trataron de oponerse a estos cambios, por ejemplo no reconociendo patentes sobre tecnologías básicas para la cura de enfermedades. Pero la oposición combinada de los gobiernos de los países desarrollados y de las grandes "nuevas" empresas que tenían en la venta de derechos sobre la información su principal negocio hicieron que la presión sobre estos estados fuera difícil de aguantar.

Hacia 2005, prácticamente todos los estados se habían adherido (de grado o debido a fuertes presiones) a los nuevos tratados sobre propiedad intelectual. Estos tratados eran una simple extensión a la información digital de los medios pensados para la información impresa varios siglos atrás. Pero la enorme diferencia entre las nuevas tecnologías y las disponibles dos siglos antes marcaban numerosas amenazas. Con la nueva legislación, los productores de información pueden disponer exactamente qué puede hacer un cliente con ella después de habérsela "alquilado". Por ejemplo, los libros electrónicos personales con control de número de lecturas hicieron posible que la información se vendiese para un sólo usuario, y que se le cobrase a éste según el número de veces que consultara la obra "vendida". El acceso a información pública, muy dificultado por la legislación sobre responsabilidad del proveedor de información, desapareció prácticamente a partir de 2007 (incluidas instituciones como las bibliotecas públicas, que no pudieron sobrevivir a las leyes que les obligaban a pagar a los productores de información por cada lector que usaba su información). Los recientes rumores relativos a la posible prohibición de la edición en papel de libros, agravarán aún más la situación, al crear en la sociedad una dependencia total de los libros electrónicos.

Mientras que el precio de acceso a la Red se ha reducido hasta ser despreciable, incluso para los habitantes de los países menos desarrollados, el coste de acceso a la

información no ha hecho más que crecer en la última década. Una nueva clase social, constituida por los que pueden pagarse el acceso a información de calidad, está emergiendo como la nueva clase dirigente. Y cada vez más, la única posibilidad de entrar en ella es precisamente participar en la producción de información (normalmente como asalariado de alguno de los grandes productores de información para la Red). A pesar de las tendencias de principios de siglo, la producción de información cada vez está más concentrada, y la inmensa mayoría de la gente que participa en la Red lo hace sólo como consumidor de información "de pago". Sólo la información que es considerada como generador potencial de ingresos es interesante para los productores que controlan la información que se pone en la Red. La situación empeora por momentos, pues las sociedades generales de autores están presionando a los gobiernos para que sólo sus asociados puedan crear y publicar obras literarias, audiovisuales y software. Se habla de un carné de autor, que restringirá aún más las posibilidades de tener una sociedad libre. En países como España, donde ya el siglo pasado se permitió que estas sociedades cobrasen dinero por cada cinta virgen de vídeo o cada fotocopia vendida, se da como segura la aprobación de la nueva legislación.

Aunque las estadísticas difundidas por los medios oficiales indican que la producción de información de calidad es cada vez mayor, lo cierto es que se han reducido drásticamente tanto la producción de información bruta como la diversidad de esta información. Los costes de producción de una película, un programa de ordenador, o una música, cada vez son en una mayor parte costes de comercialización (hay que convencer al consumidor que pague por "echar un vistazo"). Capas sociales completas no reciben ya una instrucción adecuada porque no pueden pagar más que información limitada o de baja calidad. Muchas obras no llegan nunca al público porque no encuentran un canal de comercialización adecuado.

Los productores de información piden mayores controles contra el mercado ilegal de información, que hacia el año 2008 superó (por volumen económico estimado) a los de armas y a los de estupefacientes. La población reclusa por delitos relacionados con la difusión ilegal de información en la Unión Europea superó del 50% de la población reclusa total en el año 2009. Muchos de los famosos escritores, directores de cine y programadores que en el 2007 firmaron el *Manifiesto mundial en favor de un sistema de publicación de contenidos libre* y comenzaron a publicar de manera independiente, fueron perseguidos, y permanecen hoy día ocultos, publicando bajo seudónimo en el mercado ilegal. Muchos intentaron luego volver a publicar a través del sistema, pero ninguno de ellos lo consiguió, al figurar sus nombres en las listas negras de autores prohibidos.

Los recursos que los estados y las empresas productoras de información dedican a la persecución de este mercado son desde hace tiempo mayores que los dedicados a educación y sanidad, a pesar de las constantes campañas de concienciación. Uno de los últimos desarrollos en este campo permitirá controlar en tiempo real toda la información visual y de sonido reproducida por un equipo. Se espera que todos los equipos con capacidad de reproducción de la información incluyan uno de estos dispositivos para el 2012, y ya está implantada a nivel mundial la legislación que declarará ilegal en 2014 la posesión y uso de cualquier aparato reproductor que no disponga de este dispositivo, que se activa únicamente tras la identificación individual por métodos genéticos. Con él se hará por fin imposible la consulta ilegal de información por individuos que no hayan pagado por el acceso a ella.

Los expertos en economía siguen prediciendo un despegue de la economía mundial, tras los cinco años de depresión en que está sumergido el planeta después de unos años de crecimiento de principio del siglo. Pero por ahora (y a pesar de la depresión) únicamente se ha experimentado un enorme crecimiento de riqueza entre las empresas de producción de información, que siguen con grandes expectativas de crecimiento, y ya acumulan casi toda la capitalización de las bolsas mundiales de valores, en detrimento de los sectores productivos ``tradicionales'', que han quedado en la práctica fuera de estos mercados.

En este año, 2010, sólo un 20% de la población mundial tiene acceso a la Red, y por primera vez desde que existe, este año se espera que este número disminuya, ya que muchos abonados no pueden pagar las tasas privadas mínimas de acceso a la información.

Algunas referencias

¿Son estos escenarios futuristas realmente posibles? ¿Están las cosas hoy realmente como las contamos? Desde luego, el lector tendrá su propio criterio al respecto. En caso de que quiera contrastarlo con lo que ya está ocurriendo, le proponemos aquí algunas referencias que quizá le interese consultar.

- Derechos de autor: Cerca de 300 escritores franceses se dirigen a la ministra de cultura para que sea impuesto en las bibliotecas públicas un canon por préstamo de libros de unas 75 ptas. por cada préstamo: <http://www.el-mundo.es/diario/cultura/7N0107.html>
- Los libros comprados en tiendas como eMatter sólo se pueden leer en tu PC: http://www1.fatbrain.com/ematter/support/faq_023.asp
- Content Guard: Tecnología Xerox para evitar que los documentos se puedan copiar, y realizar un seguimiento del uso de la obra a través de Internet: <http://www.contentguard.com/overview/technology.htm>
- Curso del MIT 'Ethics and Law on the Electronic Frontier'. Incluye referencias a artículos y libros sobre la información, libertad de expresión en la red, propiedad intelectual, patentes de software, control de contenidos: <http://www-swiss.ai.mit.edu/6095>
- Grupo de trabajo Electronic Book Exchange: las industrias del sector de la publicación electrónica persiguen una especificación técnica para implementar protección de copyright y distribución de libros electrónicos: <http://www.ebxwg.com/>
- Anuncios de tecnologías para protección de contenidos digitales: <http://www.wired.com/news/news/technology/story/21533.html>
- La ley UCITA se va aprobando en varios estados de EE.UU. Esta ley está diseñada por las empresas de software propietario y prohíbe, entre otras muchas cosas, que se revenda el software usado, o que se haga ingeniería inversa. Permitirá por lo tanto que las empresas puedan utilizar sin miedo a ser descubiertos formatos de ficheros y protocolos secretos: <http://www.badsoftware.com/> <http://www.4cite.org/> <http://www.gnu.org/philosophy/ucita.html>
- La industria cinematográfica de EE.UU. persigue a un ciudadano noruego de 15 años por desarrollar software que permite reproducir DVDs: <http://www.eff.org/IP/Video>

- La industria discográfica denuncia a Napster:
<http://www.mp3newswire.net/stories/napster.html> <http://www.napster.org/>
- La industria discográfica denuncia a mp3.com: distribuidores de música en formato mp3 a través de Internet: <http://www.mp3.com/news/546.html>
- Red Hat: primera empresa de software libre que cotiza en bolsa:
<http://barrapunto.com/articles/99/07/16/1741238.shtml>
- Netscape libera el código fuente del navegador Navigator:
<http://home.netscape.com/newsref/pr/newsrelease558.html>

Copyright ©2001 Pedro de las Heras Quirós y Jesús M. González Barahona.
Se otorga permiso para copiar y distribuir este documento completo en cualquier medio si se hace de forma literal y se mantiene esta nota.

CAZADORES DE IMÁGENES



Alejandro Madrugá

Avanza sigiloso por las calles, oteando cada esquina: a veces desciende un poco para observar algo, nada importante, y se eleva nuevamente en busca de mayor visibilidad: las calles están desiertas. Comienza a girar sobre sí mismo. Al fin divisa a un hombre tendido en el piso, desciende hasta pegarse a su cara: es un borracho, nada interesante. Sube, se remonta por encima de los edificios sin rostro, las ventanas cerradas; ni un solo sonido. A lo lejos divisa otra esfera. Se transmiten mutuamente: es un canal rival, se corta todo contacto y cada cual continúa su camino en busca de alguna noticia sensacional que conmocione a todos y que reporte grandes ganancias.

- Envié otro guión para FamaVideo y no me lo aceptaron, ¿qué tengo que hacer para que me lo acepten?

La madre no lo escuchaba, su mirada recorría la pantalla de la computadora revisando las ofertas del servicio de restaurantes a domicilio. Contemplaba el decorado de los platos: "Éste parece sabroso". Presionó el teclado, y se recostó hacia atrás satisfecha, ahora sólo tenía que esperar unos minutos hasta que llegase el pedido al área de recepción, donde el manipulador de alimentos se ocuparía de preparar la mesa, por supuesto que al estilo del restaurante escogido, lo cual requería de cierta ambientación y de un pago adicional, era como comer fuera sin salir de casa. Lo cual le encantaba...

- Mami, no me escuchas.

Ella observó a su hijo: "cómo ha crecido, ya casi es un hombre. ¿Qué edad tiene ya? Deja ver...". Consultó a la memoria de la computadora: "¡Dieciséis años! Yo no sé por qué no engorda. Le preguntaré a Sofía si su hijo también está tan delgado, hay que hacer algo para que engorde...".

- No vale la pena hablar contigo, tú no escuchas, nunca escuchas.

El joven encendió la pared-pantalla y se conectó con la transmisión en directo del programa "La ciudad al desnudo". En la pantalla aparece el tele-reportero, esa esfera tan familiar en la vida de todos, y que luego de rotar varias veces, se aleja a gran velocidad. Las oscuras calles quedan al descubierto, la cámara implacable se desplaza, está a la caza de imágenes: Allí estaba la imagen buscada, un hombre se movía entre las sombras. El joven se recostó hacia atrás y se aferró a los brazos de la butaca, era el hombre lobo. Le decían así porque utilizaba unas guantillas terminadas en forma de garras con las cuales desgarraba el cuello de sus víctimas.

- Otra vez viendo esa porquería.

El joven no se inmutó, era su padre con la misma cantaleta de siempre.

- ¡Cuántas veces te voy a decir que todo eso es mentira!, que nada de eso sucede en realidad. Hace tiempo que esa información dejó de ser fidedigna. Esos malditos satélites rastrean la ciudad constantemente y como no encuentran ninguna noticia sensacional, la inventan. Sólo "Canal real", que es el oficial, transmite con cierto realismo, y para eso funciona tan sólo dos horas al día. ¿Sabes por qué? Porque en las calles no ocurre nada, ¡Nada! Lo que estás viendo son filmaciones falsas, videos elaborados por gentes sin escrúpulos, que pretenden mantener a los tontos sentados el día entero frente a la pantalla haciéndoles creer que esas cosas suceden allá afuera. Hace años que todos los canales están falseando la realidad, a partir de aquellas primeras tomas de violaciones y asaltos en vivo transmitidas por "Canal real", surgió una explosión de violaciones, asesinatos, robos... Y lo peor es que tienen a la población asustada...

- Tú sólo repites lo que dice tu amigo el científico.

- Yo no repito nada, y si lo repito es porque es verdad. A ver, ¿cómo tú crees que ese asesino puede estar circulando libremente por la calle sin que la policía lo capture?, y sin embargo, una esferita esta detrás de él filmando todo lo que hace. ¿No es absurdo?

- Ahí está el justiciero azul -gritó el muchacho emocionado- éste es el fin del hombre lobo.

- Tonterías, sólo esto me faltaba, tener un hijo retrasado mental -y se alejó dando un resoplido en busca de su esposa.

La encontró en el cuarto, pero era como si no estuviera, tenía puesta aquella careta con los dichosos guantes, ella movía su mano enguantada como si cogiera algo, después parecía examinarlo detenidamente, y hacía como si lo colocara nuevamente, volvía a coger otro lo examinaba y pasaba suavemente la mano que descendía sobre el aire.

"Ahora era imposible hablar con ella, debe estar en alguna tienda de ropas haciendo sus compras virtuales".

Ya se iba a ir cuando escuchó un gemido, vio a su esposa alzar sus manos enguantadas, su cuerpo temblaba sin parar.

- ¡Eh!, ¿a ti qué te pasa?

Pero ella no podía escucharlo

- ¿Qué te sucede? -Volvió a gritarle.

Ella cayó sobre el suelo como empujada por alguien, y se puso bocabajo con las manos sobre la nuca. El se precipitó sobre la computadora y la desconectó, luego se acercó a su esposa y le quitó los espejuelos, sus ojos azules se movían inquietos hacia todas las direcciones, luego la despojó de sus guantes, ella se abrazó a él temblando.

- ¿Qué te sucedió?

- Unos ladrones entraron armados a la tienda y dispararon sobre el guardia y...

- También tú crees esas cosas. Te han tomado el pelo, eso que tu viste es tan sólo un programa alterado, es parecido a los virus informáticos, eso es, son como una especie de virus que le han introducido a los sistemas de realidad virtual, y no son mas que delincuentes virtuales o asesinos informáticos...

- Ah, esos son los asesinos informáticos.

- Sí, pero en realidad no son más que programas elaborados por algún experto con fines comerciales, detrás de eso está la creación de nuevos mercados, por ejemplo ya están a la venta los policías informáticos, que no son más que vigilantes que se ocupan de evitar que esos delincuentes virtuales penetren en el sistema. Por cierto que debes reportarlo no vaya a ser que estén instalados en tu computadora.

- ¿Tú crees?

- Seguro, te aconsejo que llames cuanto antes, si no quieres pasar otro susto.

El muchacho estaba aburrido y se puso a mirar algunos de sus videos, transformaciones hechas, cuando niño, a través del software AutoVIDEO. Allí estaba convertido en Tarzán saltando de una rama a otra, aunque era su rostro actual, entonces tenía diez años, no era ni por asomo su cuerpo. En aquella época él utilizó un programa convertidor que tomaba su biotipo actual y lo convertía en un adulto, por supuesto que su físico era demasiado enclenque por lo que recurrió a otro programa, Sansón el cual después de analizar su estructura ósea y sus músculos, lo sometía a un intenso sistema de ejercicios, hasta transformarlo en un joven atlético. Ahora sólo faltaba sustituir al héroe de la película por su propia imagen computarizada.

Desde entonces fue Tarzán, Superman, Batman... Pero todo aquello pertenecía a su infancia, eran fantasías de niño. Ahora quería algo más real. Contempló su imagen en la pantalla y se admiró de esa corpulencia que nunca llegó a alcanzar por más ejercicios que hizo. Aunque es justo reconocer que jamás llevó a cabo un plan sistemático de ejercicios, siempre careció de voluntad para dedicarse a algo en serio.

- Mira Patricio, las cámaras están filmando nuestro barrio, ven para que veas las calles en vivo. Mira, está lloviendo.

- ¿Lloviendo? A lo mejor sale el asesino de la lluvia. Siempre que llueve torrencialmente aparece -dijo el joven mientras se ponía de pie y salía deprisa para la sala.

- Bueno no es un aguacero, lo que se dice un aguacero... Está apretando la lluvia, escucha los truenos. Ahora sí, tremendo aguacero.

El padre también corrió hacia donde estaban ellos.

- Al fin cometieron un desliz, el observatorio anunció que hoy no llovería. Son unos farsantes.

Una figura con un impermeable oscuro se movía por las calles.

- Ahí está -gritó el joven.

- Ese es... el asesino de la lluvia -dijo la madre sumamente impresionada.

- No sean idiotas todo eso es mentira, no puede estar lloviendo.

- ¿Cómo puedes estar tan seguro? -preguntó la mujer.

- Vengan conmigo les voy a demostrar que todo eso es mentira. Vamos a ver la ventana del fondo, la que da a la calle.

Ambos salieron detrás de él, el joven lanzó una última mirada a la pantalla: el asesino estaba detenido, hundió ambas manos en el impermeable y comenzó a silbar aquella tonadilla...

El padre apretó un botón y apareció una ventana de forma ovalada. No pudo evitar dar un salto hacia atrás: sobre el cristal golpeaban gruesas gotas.

- No puede ser...

El joven corrió hacia la sala, la madre detrás. Ella lanzó un grito de horror. El asesino estaba caminando por el frente de la casa.

- Esa lluvia es mentira -gritó el padre furioso.

- Entonces, por qué no abres la puerta y sales a la calle y te cercioras -le dijo el hijo en tono desafiante. Mira ahí está, si sales podrás verlo. ¡Vamos sal! ¡Él está allá afuera!

El agua caía a chorros sobre su sombrero, calado hasta las cejas. Sus enormes ojos inexpresivos se abrieron desmesuradamente y un brillo esquizofrénico iluminó su rostro y sus labios se plegaron en una larga sonrisa, aquella enigmática sonrisa que le helaba el alma a los televidentes: ya tenía un plan, sacó su mano del bolsillo, un objeto metálico resplandecía en su mano izquierda. Comenzó a caminar de manera resuelta. La puerta de la casa le quedaba a sólo pocos pasos.

- Viene para acá -gritó la madre, y se abrazó al hijo.

- Esto es una broma de mal gusto, voy a llamar a la policía.

El teléfono no funcionaba.

- Míralo ahí, viene a matarnos -gimió la mujer sin soltarse del hijo.

- Pero... Ya, esto es el colmo. ¿Qué pretenden?, asustarnos. Mañana me voy a quejar a la policía. Mañana van a ver...

Afuera, alguien tocaba a la puerta.

WU MING,

LAS HISTORIAS COMO HACHAS DE GUERRA



Amador Fernández-Savater
amador@sindominio.net

Lo que sigue es el prólogo del libro *Esta revolución no tiene rostro*, (Acuarela, Madrid, 2003), editado íntegramente bajo una licencia *copyleft* de libre copia. *Esta revolución no tiene rostro* agrupa textos de Wu Ming escritos durante los últimos dos años en condiciones y con intenciones muy variopintas: hay textos de coyuntura política, cuentos, investigaciones sobre «formas de vida», relatos pegados a la acción política del movimiento global, cartas de circunstancias a periódicos italianos, panfletos, manifiestos, declaraciones, etc. Una buena muestra de la producción de uno de los experimentos político-literarios más relevantes de los últimos años. Todo ello, y muchos más elementos que conforman la actividad literario-política de Wu Ming, puede encontrarse en su página web: www.wumingfoundation.com

«Generalmente, el mito es la verdad rumorosa de los jodidos, los vencedores tienen la televisión en cadena nacional [...] La leyenda de la peregrinación a la búsqueda de Aztlán, Wyatt Earp en el OK Corral, los poemas de Byron y Espronceda, las aventuras de Sandokan y los Tigres de Malasia, el día en que papá se le puso enfrente a su jefe y lo mandó a chingar a su madre, las canciones donde aparecen tres jinetes en el cielo (Dios, Zapata y Jaramillo), Pedro Infante de pobre reivindicador, no son una colección de material de mentiras, son otra cosa, algo esencial: son nuestras vidas» (Paco Ignacio Taibo II).

Quien no piense como Taibo II perderá su tiempo leyendo este libro. Los que crean, legitimados por la corriente dominante de la filosofía heredada, que los mitos son «mentiras nobles» o embustes para engañar a las pobres masas, los «cultos» que no se dejan atravesar de veras por las historias que leen o escuchan y las tratan como un objeto inerte de disertaciones pedantes, los que citan el *Proyecto más antiguo del idealismo alemán* («necesitamos una mitología de la razón») de Hölderlin, Schelling y Hegel emparentándolo sin vacilación con las aberraciones que ha conocido el siglo XX, los individuos narcisistas que juzgan como una forma intolerable de opresión cualquier relato que abra un mundo que no sólo habite su ego, los enemigos de las pasiones fuertes y los laberintos de la memoria y la imaginación, los amigos de las versiones únicas, autorizadas, los «objetivos» que sólo quieren historias que negocien

con el presente, todos ellos perderán su tiempo (y seguramente su paciencia) leyendo a Wu Ming. Sin embargo, otro destino muy distinto está reservado a los que en algún momento de su vida se han visto tentados a arriesgar su timidez, su estatus, su cordura o su vida, porque se les había agarrado al alma cierta historia oída en cierto sitio a cierta persona que recordaba de forma apremiante lo que hace que merezca la pena vivir. Ésos comparten con Wu Ming que el fondo más profundo de todo lo humano es un magma compuesto del «material con el que se hacen los sueños»: imágenes, historias, personajes de leyenda, signos de fortuna o desastre, ritos, oráculos, etc. Los libros de Wu Ming les buscan a ellos.

Desde 1994 a 1999, los miembros de Wu Ming participaron en una de las columnas más numerosas, creativas y radicales del *Luther Blissett Project*, la columna boloñesa. A principios de la década de los ochenta, Luther Blissett era sólo el nombre de un jugador de fútbol jamaicano que militó sin demasiado fortuna en el Milan A.C. Pero a finales de los noventa, después de que una parte del movimiento *underground* italiano y europeo se lo apropiara y lo promoviera como un seudónimo que cualquiera podía utilizar para firmar acciones estéticas o políticas, Luther Blissett se convirtió en el nombre de una especie de moderno Robin Hood, otro fantasma amenazante para toda autoridad como el General Ludd, cuya ubicuidad difusa representaba la potencia de la comunicación y de la «intelectualidad de masas» contra todas los nuevos «cercamientos» impuestos por el capitalismo «de espíritu» (copyright, derechos de autor, etc.). Un nombre colectivo para designar la creación y la inteligencia colectiva que está en el corazón de las luchas políticas hoy día, el uso generalizado de la guerrilla de la comunicación para arruinar los mecanismos de captura de la propiedad intelectual, los media y las instituciones oficiales del arte y la política, la manipulación de constelaciones culturales enteras (como la «cultura pop») para desviar sus elementos en un sentido emancipador y construir narrativas de masas políticamente orientadas, literatura-guerrilla, sabotaje del comercialismo, etc.: todo eso y más fue el Luther Blissett Project, que arruinó el prestigio de los presupuestos sobre el artista «individual y propietario» de los creadores «medios» y volvió locos durante años a los periodistas y editores que aceptaban tan contentos el vistoso «material negro» que se les hacía llegar discretamente bajo el «logo» LB (libros «falsos», rumores y personajes inventados, leyendas, etc.) en campañas de «guerra psíquica» perfectamente preparadas.

Con el nombre múltiple, los futuros Wu Ming firman además *Q* (edición castellana: Mondadori, 2000), una formidable novela de aventuras emplazada a lo largo de los primeros 30 años de la Reforma, sacudidos violentamente por las grandes sublevaciones campesinas que aspiraban a realizar *inmediatamente* el paraíso en la tierra. Los autores confiesan haber situado la novela en esa época porque todos los elementos que constituyen nuestra modernidad están de alguna manera allí presentes, *in nuce*: comunicación de masas, pugnas por la libre circulación del conocimiento, éxodos masivos, capitalismo financiero, insurrecciones que expresan las significaciones que nutren el moderno proyecto de autonomía «todavía en un lenguaje religioso», etc. Este «western teológico», traducido a multitud de idiomas, es uno de los resultados más brillantes en la creación de mitos con sello Luther Blissett. Todos los aspectos que hacen irresistible la lucha política se transmiten con un estilo electrificante: disputas teóricas interminables, encuentros insólitos, hermosas empresas sin porvenir, enemigos imbatibles, traiciones sorprendentes, exaltación compartida, viajes clandestinos, etc. Los autores de *Q* imponen además a la edición del libro una

declinación de la fórmula conocida como *copyleft* se autoriza la libre reproducción del libro por todos los medios excepto para usos comerciales. Así, para indignación y rabia de las SGAE de turno, cualquiera puede fotocopiar el libro y regalarle una copia a un amigo. Una punta de lanza importantísima en el conflicto político por la libre reproducción de los productos de la inteligencia colectiva contra todas las modalidades de propiedad intelectual que privatizan los cerebros y criminalizan la compartición de saberes. Mediante el *copyleft*, según afirman los autores de *Q*, «se defiende nuestro trabajo y el trabajo del editor y, al mismo tiempo, la libertad de los lectores de disfrutar y manipular lo que nosotros escribimos».

Luther Blissett nace con los días contados, al menos para las columnas italianas de la iniciativa. El proyecto tiene una vida programada de cinco años, aparece con los zapatistas en el 94 y desaparece con la revuelta de Seattle en el 99, durante un suicidio ritual, el Seppuku japonés. «Como dijo el incomparable Cary Grant, es mejor dejarlo demasiado pronto, para que la gente quiera más, que demasiado tarde, cuando la gente empieza a aburrirse», dijeron los autores de *Q* para explicar esa decisión. El estilo Blissett para entonces se había extendido por todo el mundo. ¿Acaso no son los suyos los rasgos más relevantes del movimiento de resistencia global que ha sacudido la escena política mundial como desde hace mucho tiempo nadie hacía? la importancia fundamental concedida a la comunicación, no como un canal por donde transmitir mensajes políticos (ya fuesen radicales o más tradicionales), sino como un ámbito más de intervención política; la crítica radical de las nuevas «enclosures» que el capitalismo impone sobre las «tierras comunales creativas» la propuesta de símbolos ciegos que representen el carácter irrepresentable del movimiento global (los pasamontañas zapatistas, por ejemplo); la ambigüedad constituyente que sorteja los callejones sin salida formateados por la lógica identitaria («local, global», «violencia, no violencia», «reformismo, revolución», «amigo, enemigo», etc.), etc.

Desde Chiapas hasta Génova, la intervención sobre las representaciones, los deseos y los afectos de la multitud global se ha vuelto una cuestión política de primer orden que supera las arbitrarias oposiciones entre teoría/práctica et alii. Las fábulas de Marcos, los pasamontañas «detrás de los cuales estamos ustedes», las manifiestos desobedientes, la sola mención de Seattle o Praga, la estampa de Carlo Giuliani asesinado, los monos blancos, el «otro mundo posible», la fórmula del asedio a las zonas rojas como «espacios sin derechos», etc., condensan aspiraciones y temores de la «sociedad civil global». Son imágenes que, como ocurre con las buenas imágenes que vemos en el cine o transmite el arte, «permanecen en la mente y allí trabajan en silencio». El repertorio mitológico del movimiento global es un arma cuya importancia sólo puede escapar a los que comparten con el neoliberalismo que el motor del ser humano son las motivaciones económicas y que lo demás pertenece a una suerte de «superestructura» derivada. Pues bien, los miembros del colectivo Wu Ming han participado como artesanos anónimos de enorme importancia en la «guerra de metáforas» durante la que el movimiento de resistencia global consiguió, mediante un juego habilidoso de espejos y en un lapso asombrosamente breve de tiempo, reflejar al mundo entero la imagen intolerable de unos poderosos encerrados en sus castillos y sus zonas rojas decidiendo el contenido y la calidad de la vida de todos y cada uno, mientras eran asediados por una multitud airada y alegre de desheredados. Lo hicieron en los Monos Blancos, por ejemplo, un experimento político de enorme interés nacido al calor de los centros sociales italianos. La imagen que devolvían esos enormes espejos resueltamente manejados era tan infame que los propietarios del mundo

decidieron romperlos en añicos al precio que fuera: les costó dos balas en la cabeza de Carlo Giuliani el 20 de julio del año 2001 en la Piazza Alimonda de Génova, el ataque brutal a una manifestación de 300.000 personas al día siguiente, que Amnistía Internacional definió como la más grande y masiva violación de derechos humanos en la Europa de posguerra, y decenas de compañeros salvajemente torturados por la policía ascendida a soberana absoluta en un estado de excepción temporal. Los textos de Wu Ming captan, como pocos otros más, la intensidad y el drama del acontecimiento-Génova, su naturaleza más honda, la atmósfera de pesadilla que reinaba en la ciudad y también la belleza y la superioridad ética del gesto de desafío desobediente, que para muchos de nosotros conforman un pequeño 68 en-nuestras-cabezas, aunque el provincianismo insoportable que rige las mentes que «piensan» en España no le haya dedicado ni un minuto (sólo lo hicieron para cubrirlo de mierda). Su posición como «observadores» era privilegiada en Génova, porque ocupaban la primera fila del cortejo «desobediente» que trató de alcanzar la zona roja mediante el recurso a dispositivos de protección no agresivos (plásticos, escudos, cascos, gomaespuma, etc.). Y es que en el movimiento global no hay «intelectuales» que iluminen el sentido de la acción política que llevan a cabo otros, las relaciones entre pensar, contar y hacer se han trastocado hasta un punto que quizá animaría a Hannah Arendt a escribir una segunda parte de *La condición humana*.

La participación de Wu Ming en el «movimiento de movimientos» siempre ha estado muy ligada a la narración de sus victorias, sus impasses y sus catástrofes, a la elaboración del inmenso material poético que proporciona la actividad de múltiples fuerzas anónimas en marcha, a la producción de historias y sentido, a la creación de mitos. Cuando se habla de mitos y política, uno evoca inmediatamente la figura de George Sorel, calumniado y malentendido durante mucho tiempo, según los mismos Wu Ming. Pero Sorel no se equivocaba cuando definía los mitos por contraste con las utopías: éstas nos describen modelos acabados (sean paradisiacos o pesadillescos), los mitos sin embargo expresan la fuerza de una comunidad, «alarman de aventura» los oídos de quienes los escuchan, devuelven la confianza (que no la fe) en las propias posibilidades, en la propia potencia, que se renueva en el mismo acto de escuchar el relato mítico. QUITAN el miedo, vaya. El mito tiene (y ha tenido siempre, si hacemos caso a los antropólogos) una relación directa con la noción de «milagro», la causa incausada de nuevas conexiones causales, la capacidad humana de «empezar de nuevo» en la que consiste la política. ¡Cuántos relatos cinematográficos, novelescos, cotidianos, no transmiten esa idea: «todavía no está todo visto», y provocan así ese «estado de conciencia épico» que pedía Sorel a los mitos! Por su lado, la política, la acción colectiva de autoinstitución de la sociedad, es el ámbito de la actividad humana en el que se expresa mejor el exceso que supone cualquier lazo social a las consideraciones mecanicistas o funcionalistas. La acción política es el ámbito de lo heroico y lo superfluo, de la excelencia y la sobreabundancia; y por eso le viene como un guante el «lenguaje del entusiasmo» en que consisten los mitos. Es verdad que la reflexión sobre los mitos de Sorel no sorteaba algunos obstáculos que podían desembocar finalmente en la justificación de formas míticas trascendentes (Líder, Modelo, Origen, etc.) que disciplinasen a los sujetos educándoles en la sumisión gregaria a la voluntad de los tribunales. La cristalización del material mítico en una serie de «palabras-propaganda» que sometían al porvenir a la repetición de lo previsto por esquemas supuestamente infalibles es el «reverso tenebroso» de la fuerza mitopoiética. Wu Ming advierte de ello una y otra vez, pero también considera con extrema lucidez que ese obstáculo no se supera abandonando la producción mítica y optando por la

«desmitificación» como modalidad de crítica política. No. Ese fondo magmático del ser humano que da sentido(s) a su(s) mundo(s) mediante el relato de historias no se deja apaciguar así como así. Habría que extirpar del ser humano la tendencia a la admiración o a la curiosidad, por ejemplo. Se trata más bien de intervenir en la producción de sentido desde los territorios de la inmanencia, orientándola, atravesando las olas de símbolos con el virtuosismo de un surfista. La lucha no es: mito o no mito, sino mito o fetiche. Para no convertirse en fetiches, los mitos deben ser todo lo contrario del «aura» según Benjamin, esto es, reproducibles y perfectibles. Una narrativa de emancipación es lo contrario de una teología: no anima la negación del cuerpo y de los otros en beneficio de ciertas ideas, sino que crea lenguajes comunes a partir de las singularidades y sus trayectorias existenciales. En ese sentido, Génova desencadenó una producción mítica ejemplar: los relatos de lo que había ocurrido allí, del miedo y la desnudez de los cuerpos vejados, de la tragedia y la extraordinaria fuerza colectiva expresada, se multiplicaron, atravesaron el planeta en boca de mil modernos bardos y trovadores, se perfeccionaron entre todos, hicieron volar en pedazos las interpretaciones oficiales que pretendían imponerse, circularon en construcción permanente en todos los «soportes» posibles, etc. La elaboración colectiva de aquella experiencia de «viaje iniciático» desbordó por todos lados las mentiras oficiales y el silencio que pretendía decretar la violencia.

Los mitos trascendentes que narran las acciones ejemplares de determinados héroes del sacrificio tienen afortunadamente cada vez menos influencia en la producción de la subjetividad militante. Ya nadie se siente impelido a imitarlos. Ahora nos encontramos con otros símbolos más adecuados a una época que ha debilitado enormemente la frontera entre producción y reproducción, una época que basa en buena medida la creación de valor en la «recuperación» de los valores fuertes de los movimientos políticos de los años sesenta y setenta: imaginación, creatividad, lenguaje, comunicación, virtuosismo, cualidades de autoorganización, flexibilidad, afectos, etc. Pero Wu Ming saca las conclusiones opuestas a muchos derrotistas que lamentan amargamente esa «recuperación»: no se trata de condenar toda experimentación política desde posiciones de nostalgia y resentimiento, sino de pujar por un exceso de imaginación creadora que no se pueda contener o parasitar o contentar. Si hoy una de las fuerzas productivas principales es el lenguaje, ¿como no va a tener una importancia política de primer orden la lucha en el terreno de las significaciones, el combate entre el vaciado de contenidos fuertes de la banalización mediática, la propaganda de guerra o el lenguaje empobrecido que se impone en muchas empresas de servicios y la polisemia fecunda de las narraciones míticas políticamente orientadas! El segundo de a bordo de Bill Clinton dijo que la fuerza de trabajo más importante de este siglo la compondrían los «manipuladores de símbolos, datos, palabras». La pugna está entre la sumisión a la manipulación mecánica de signos y el exceso simbólico de los relatos que penetren hasta la fibra más profunda y animen la autonomía individual y colectiva. Cuando la comunicación está en la base del sistema económico-productivo, las comunidades pueden formarse a través del lenguaje, sin que eso signifique que son comunidades ficticias o ilusorias. Luther Blissett como nombre múltiple que expresaba el amor por el lenguaje y la comunicación de los nuevos sujetos productivos, y la consiguiente revuelta contra todas sus modalidades de instrumentalización, fue un experimento formidable en ese sentido. Wu Ming retoma ahora esa apuesta, madurada por más años de reflexión y experiencia. Libertad de lenguaje significa, hoy más que nunca, abolición del trabajo asalariado.

En la vía Tolemaide de Génova, donde la policía detuvo el cortejo desobediente a balazos, amén de gases lacrimógenos y furgonetas lanzadas contra la multitud, muchos sintieron ya un temblor de tierra que anunciaba la «guerra global permanente» que las élites gobales desencadenarían tras el 11 de septiembre. Se acabó la «belle époque» del neoliberalismo. Ahora la guerra se inscribe de modo muy explícito en la constitución material de la civilización capitalista, ya sin máscaras. Wu Ming está excepcionalmente emplazado para pensar los rasgos fundamentales de una épica que anime a hacer la «guerra a la guerra»: Italia es ahora mismo --como ya lo ha sido en otras ocasiones-- el mayor laboratorio de acción política antagonista de Europa. Durante un año entero, se han sucedido cotidianamente las iniciativas contra el régimen global de «guerra infinita»: desde las enormes manifestaciones contra la intervención estadounidense en Afganistán hasta la huelga general contra el gobierno Berlusconi de la primavera pasada, pasando por las acciones de «diplomacia desde abajo» de un buen puñado de italianos integrados en la caravana «Action for Peace» en Palestina durante la ofensiva israelí de abril. Como no podía ser de otro modo, el gang mafioso y racista que compone el gobierno Berlusconi declina a su modo la sempiterna «estrategia de la tensión» y hace resucitar a unas fantasmales «Brigadas rojas» para sembrar desconcierto e impotencia entre los actores más activos del «movimiento de movimientos» italiano. Toda la sociedad italiana está en efervescencia, el movimiento agrupado en torno a los Social Forum que han proliferado por toda Italia se ha convertido en una de las fuerzas fundamentales de oposición a Berlusconi. Las inmensas cuestiones a todos los niveles que suscita la acción política en estas circunstancias de «guerra global permanente», de guerra económica, política y social contra la humanidad entera, ocupan muchos de los textos de Wu Ming agrupados en *Esta revolución no tiene rostro*.

De todas formas, la situación de Wu Ming ha cambiado de un tiempo a esta parte y el grupo se encuentra ahora en otra fase, cuya cartografía es todavía una incógnita. Wu Ming ha abandonado la corriente que llevó de los Monos Blancos a los Desobedientes porque, a su juicio, durante la metamorfosis se perdió el espíritu de apertura y contaminación que define al «movimiento de movimientos» y se sustituyó la lectura política viva del periodo presente, y la consiguiente línea política concreta, por un «lenguaje de palo» incapaz de aprehender los procesos reales en marcha. Según Wu Ming, las coordenadas analíticas que sirvieron para aferrar las transformaciones en curso durante un cierto periodo ahora se revelan inservibles:

«En lo que se refiere a Imperio, estoy convencido de que, en este momento, se trata de una categoría poco útil, y al leer los materiales escritos inmediatamente después del 11 de septiembre los encuentro demasiado «ideológicos», como si la realidad debiese adecuarse a la fuerza a categorías preexistentes y de moda. El análisis de Negri y Hardt tenía fecha, se refería a una fase anterior del orden mundial, al neoliberalismo, a la new economy, al «clintonismo» y a un multilateralismo que, en estos momentos, está en crisis. Ahora estamos en la fase del «nacional-liberalismo», de la austeridad y del «keynesianismo militar». Una fase diferente que necesita de otras categorías y de otra épica. No necesariamente todo lo que han escrito Negri y Hardt debe ser dejado a un lado, pero hay mucho que investigar. Tratamos de evitar lecturas desalentadoras, que producen sobre todo una sensación de impotencia y que no revelan nada sobre la complejidad y la fuerza-invencción de movimientos de los cuales nosotros sólo hemos escuchado el llanto de un recién nacido. También las formas de la guerra («preventiva», «global permanente» o como quiera llamársela) cambiarán a causa del

conflicto. Evitemos, si es posible, producir una nueva jerga teórica llena de palabras-contraseña. No tenemos ninguna necesidad de un lenguaje reiterativo y alienante, hecho de «ritornelos» identitarios y de conceptos vacíos. Ésta es la mejor forma de, por decirlo en términos de Bifo, «abandonar las ilusiones y prepararse para la lucha», que es también la lucha contra nuestras ilusiones de ayer».

Pero, por otro lado, Wu Ming prosigue su trayecto: narraciones de todo tipo (novelas, textos de combate, infiltración en la cultura de masas, etc.), mitopoiesis, investigación de signos de creatividad y gestos de rechazo en los modos de vida que se dan en los intersticios entre el underground y la acción política, creación de una comunidad viva de lectores, oposición a la propiedad intelectual, búsqueda de una épica adecuada al momento histórico, con todas las «desviaciones» oportunas y los replanteamientos necesarios, militancia dentro del movimiento global y del específico movimiento italiano, en el espíritu que tenían los primeros Social Forums de abrir espacios de cooperación entre diferentes y evitar en lo posible todas las formas de canibalismo político que han devorado a la izquierda desde hace décadas, etc. Pescando, distribuyendo, contando y riendo siempre, «riendo de frente al horror, para resistir, riendo de frente al peligro, para redimensionarlo, riendo para incendiar los tigres de papel».

Copyright © 2002 Amador Fernández-Savater

Este texto es copyleft. Se permite su copia y reproducción literal por cualquier medio siempre y cuando esta nota se mantenga.

William Gibson, el resurgir del ciberpunk

POR NÓMADA

"El cielo del puerto tenía el color de una pantalla de televisor sintonizando un canal muerto..." (El Neuromante)

"Casey tenía veinticuatro años. A los veintidós había sido un vaquero, un cuatrero, uno de los mejores del Ensanche. Había sido entrenado por los mejores, por Mc Coy Pauley y Bobby Quine, leyendas en el negocio. Operaba en un estado adrenalínico alto y casi permanente, un derivado de juventud y destreza, conectado a una consola de ciberespacio hecha por encargo que proyectaba su incorpórea conciencia en la alucinación consensual que era la matriz. Ladrón, trabajaba para otros: ladrones más adinerados, patrones que proveían el exótico software requerido para atravesar los muros brillantes de los sistemas empresariales, abriendo ventanas hacia los ricos campos de la información." (El Neuromante)



William Gibson, imaginó un futuro oscuro donde la lluvia ácida cae sobre ciudades que esconden clínicas clandestinas de "bio-implantes" electrónicos; antros donde los "cowboys del ciberespacio" trafican con datos y venden sus servicios al mejor postor; calles gobernadas por los Hosaka (la temible mafia japonesa) y todo ello bajo el control absoluto del gobierno tecnológico de las grandes corporaciones.

La literatura de ciencia ficción sobre futuros extraterrestres con gobiernos de robots, pasaba a una nueva etapa imaginaria: el **cyberpunk**, como lo bautizaría el también escritor **Bruce Sterling** (muy conocido en Internet por su libro "**La caza de Hackers**").

El término "ciberespacio", la inspiración del paisaje de la película "**The Matrix**" junto a las intrusiones de Neo en la "matriz", el conocido juego de rol "**Cyberpunk**", las proyecciones hipnóticas en festivales de música electrónica, etc... todas esas atmósferas están influenciadas (en mayor ó menor medida) por este hombre que tímidamente parece esconderse detrás de sus redondas gafas.

Gibson llegaba a la vida un 17 de Marzo de 1948 en Conway (al sur de California). Hijo único de un contratista civil que había prosperado durante la construcción de Oak Ridge (donde se construyó la primera bomba atómica), paso su infancia en las montañas del sudoeste de Virginia. A sus 19 años emigró hacia Canadá, huyendo de un posible alistamiento forzoso para combatir en la guerra del Vietnam, de la que está totalmente en contra.

Vive desde 1972 en Vancouver con su esposa y sus dos hijos. En 1977, cuando comienza a escribir historias cortas, la Universidad Británica de Columbia le concede

una licenciatura en literatura inglesa. Es más tarde cuando con su primera e impactante novela "**El Neuromante**", gana tres de los más prestigiosos premios de ciencia ficción: el **premio Hugo**, el **Philip K. Dick Memorial** y la concesión del premio **Nebula** en 1984. Es en este tiempo donde en su máquina de escribir portátil Hermes de 1927, tipeó por vez primera el término "**ciberespacio**" :

"Un año allí y aún soñaba con el ciberespacio, la esperanza desvaneciéndose cada noche. Toda la cocaína que tomaba, tanto buscarse la vida, tanta chapuza en Night City, y aún veía la matriz durante el sueño: brillantes reticulados de lógica desplegándose sobre aquel incoloro vacío..."(El Neuromante)

"..una representación gráfica de los datos abstraídos por bancos de cada ordenador en el sistema humano. Complejidad impensable. Líneas de luz trazadas en el no-espacio de la mente, cúmulos y constelaciones de datos. Como luces en la ciudad, alejándose..."

"Es una alucinación consensual experimentada diariamente por millones de legítimos operadores en todas las naciones... una representación gráfica de información proveniente de todas las computadoras del sistema humano. Una complejidad inimaginable..."

En un tiempo, en el que Internet era del acceso único de ciertas instituciones militares y académicas y en la que las computadoras empezaban a formar parte del mobiliario electrónico del hogar, W. Gibson nos descubría en su novela un posible y muy cercano futuro (quizás nuestro actual presente), donde gran parte de la vida mortal transcurre interconectada a través de "consolas de ciberespacio" a la inmensa "red de datos de realidad virtual".

Sus novelas siguientes y dando continuidad a la saga **Sprawl Series** de la que forma parte el "**Neuromante**", son "**Count Zero**" (aquí en España titulada como "**Conde Cero**")(1986) y "**Mona Lisa acelerada**"(1988).

Y tras la explosión del uso público de Internet, Gibson influenciado por ello, escribe una nueva saga: **Bridge trilogy** donde es más presente en sus textos toda la gran locura tecnológica que acababa de comenzar: "**Luz virtual**"(1993), "**Idoru**" (1996) y "**Todas las fiestas de mañana**"(1999).

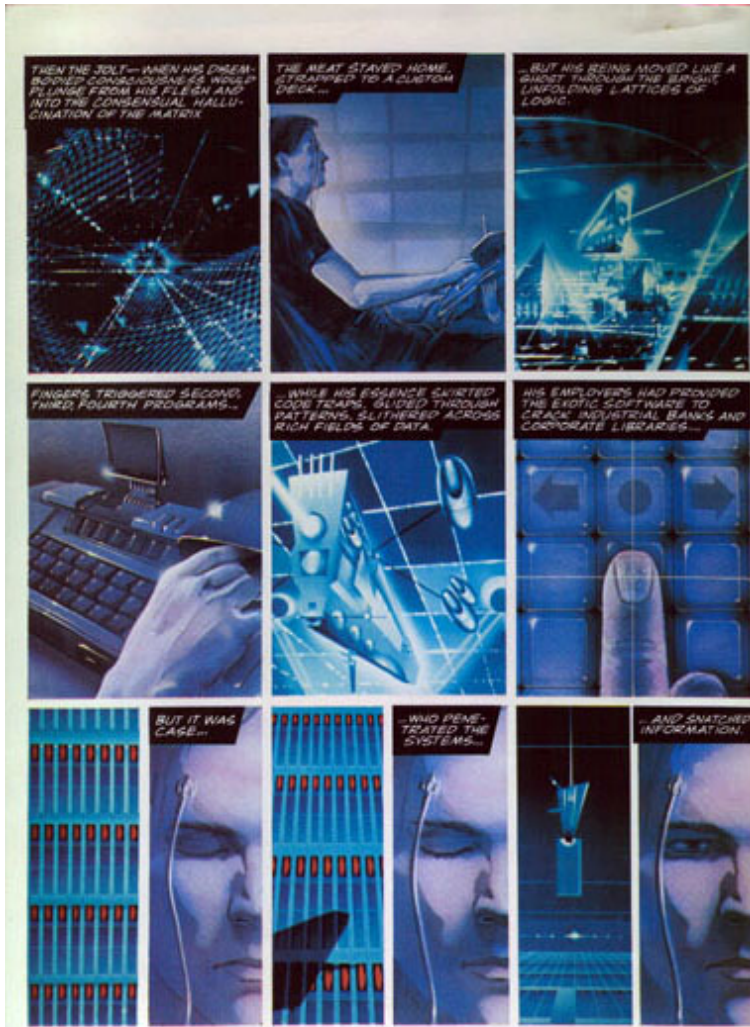
Otras obras suyas editadas son "**Difference Engine**" (1991) en colaboración con el escritor **Bruce Sterling** y la recopilación de historias cortas "**Quemando Cromo**"(1986).

Su última novela, "**Reconocimiento de Patrones**", refleja la crisis paranoide en su país, tras los ataques terroristas del 11 de Septiembre. Relatando la búsqueda en Internet de fragmentos de una filmación misteriosa, por parte de una joven que vive las secuelas de la muerte de su padre en las Torres Gemelas.

En sus historias, Gibson ya describe los sistemas de seguridad implantados en los sistemas computacionales que forman el ciberespacio. Y como estos son protegidos por software bautizados por el autor como "Ice" (hielo), y que a menudo son asaltados por **cowboys del cyberspacio** en busca de un botín en forma de datos:

"Bobby era un cowboy. Bobby era un asaltante, un ladrón que despojaba al sistema nervioso electrónico de la humanidad..."

Como ejemplo, un fragmento de la historia corta **"Quemando Cromo"**, donde dos "cowboys" intentan asaltar un sistema protegido llamado "Cromo":



"Hacía calor, la noche en que quemamos a Cromo. Afuera en los malls y las plazas, las palomillas se mataban a chocazos contra el neón, pero en el loft de Bobby la única luz era la de la pantalla del monitor y de los LEDs rojos y verdes del panel frontal del simulador de la matriz. Me sabía de memoria todos y cada uno de los chips del simulador de Bobby; parecía como una Ono Sendai VII cualquiera, la Ciberespace Seven, pero yo lo había reconstruido tantas veces que era casi imposible encontrar un sólo milímetro cuadrado original en todo aquel silicio"

Otro fragmento más descriptivo en **"Conde Cero"**:

"Había llegado a casa para en seguida concentrarse en aquello; introdujo un rompehielos que había alquilado a Dos-por-Día y conecté, buscando la base que elegiría como primer objetivo real. Supongo que aquella era la manera de proceder :si quieres hacerlo, entonces hazlo. Hacía apenas un mes que tenía la pequeña consola Ono-Sendai, pero ya sabía que quería ser algo más que un simple salchichero de BarryTown. Bobby Newmark, alias 'Conde Cero'; pero ya había terminado. Los espectáculos nunca terminaban así, nada más comenzar. En un show, la chica del héroe, o tal vez su socio,, entrarla corriendo, quitaría los trodos de un tirón y daría un manotazo al pequeño interruptor rojo de OFF. Para que te salvaras, para salvarte. Pero ahora Bobby estaba solo, con su sistema nervioso autónomo dominado por las defensas de una base de datos ubicada a tres mil kilómetros de distancia de Barrington, y él lo sabía..."

Lógicamente esta "prosa electrónica" motivaría años más tarde a miles de adolescentes a realizar sus primeras acciones de "hacking" dentro de la recién estrenada Internet.

Quizás sería el propio Gibson, sin saberlo, quien incitó a esos hackers que descriptaron y divulgaron una poesía suya, que trata sobre la muerte y titulada como **Agrippa**.

En su obra "**Idoru**" nos acerca ya al presente y a la idolatría que sienten los humanos hacia seres virtuales. Nos conduce a ello con su personaje "Rei Toei", una joven que vive en el "ciberespacio" siendo toda una estrella del pop amada por sus incondicionales fans. Conocidas ya por casi todos los veteranos en la red, es esa belleza virtual de Internet:: **Kyoko DK96**, las presentadoras virtuales de canales de TV y la heroína virtual por excelencia salida de los videojuegos **Lara Croft** ¿Concebidas quizás por sus creadores bajo el influjo de "Idoru"?

Algunos de los relatos de Gibson también han sido llevados a la gran pantalla. La película más taquillera (aunque no muy celebrada por la crítica), fue "**Johnny Mnemonic**"(1995). Un guión recuperado de una historia corta en el libro "**Quemando Cromo**", donde un **Keanu Reeves** (a este chico le va el género ;-)) transporta datos secretos en su ampliación electrónica del cerebro."Jhonny" debe descubrir la secuencia de descarga si no quiere que le explote la cabeza. Esta película aún puede encontrarse fácilmente y es recomendable para todo aquel que quiera introducirse en el universo de Gibson.

También de esa recopilación de historias, se filmó su relato "**Hotel New Rose**"(1999), con los famosos actores **Christopher Walken** y **Willem Dafoe**.

Es destacable su participación como guionista en algún capítulo de la serie **Expediente-X** y en la saga de **Alien**, escribiendo el guión de **Alien-3**

Así mismo su filmografía podría aumentar, si se cumplen esos rumores que hay en la red sobre la posible filmación de "**Neuromante**".El encargado de aceptar tal reto sería el prestigioso **Chris Cunningham** (¿os acordáis de la chica del anuncio de **PlayStation**?) . Y quizás también algún día podamos disfrutar de ver en cine "**Conde Cero**", ya que **Atlas Entertainment** compró los derechos para poder filmarla. Por el momento, tenemos sus fabulosos libros para romper la rutina de nuestra vida dentro de la "matriz" .

Por **nómada** en **sinDominio.net**

Este documento es libre. Y está bajo la licencia **Creative Commons**. Por tanto, se permite difundir, citar y copiar literalmente su contenido, de forma íntegra o parcial, por cualquier medio y para cualquier propósito, siempre que se mantenga esta nota y se cite procedencia.



Llueve mucho, aquí arriba; hay días de invierno en que realmente la luz no llega en absoluto, sólo un gris brillante, indeterminado. Pero en cambio hay días en que parece que corriesen de pronto una cortina para encandilar con tres minutos de montaña suspendida, iluminada por el sol, la marca de fábrica al comienzo de la propia película de Dios. Así era el día en que llamaron sus agentes, desde lo profundo del corazón de su pirámide espejada de Beverly Boulevard, para decirme que ella se había fusionado con la red, que se había pasado al otro lado definitivamente, que *Reyes del sueño* iba a ganar tres de platino. Yo había editado la mayor parte de *Reyes*, había hecho los mapas cerebrales y había repasado todo con el módulo de barrido rápido, de modo que estaba en la cola para cobrar mi parte de derechos de autor.

No, dije, no. Y luego sí, sí, y les colgué el teléfono. Agarré la chaqueta y bajé las escaleras de tres en tres, directo al bar más cercano y a un desmayo de ocho horas que terminó en un saliente de hormigón a dos metros por encima de la medianoche. Agua de False Creek. Luces de ciudad, aquel mismo cuenco de cielo gris, más pequeño ahora, iluminado por tubos de neón y de vapor de mercurio. Y nevaba, copos grandes, aunque no muchos, que al tocar el agua negra desaparecían sin dejar rastro. Miré hacia abajo y vi los dedos de mis pies que sobresalían del borde de hormigón, el agua entre ellos.

Llevaba zapatos japoneses, nuevos y caros, botas de piel de Ginza con remate de caucho en las puntas. Me quedé allí de pie un buen rato antes de dar aquel primer paso atrás.

Porque ella estaba muerta, y yo la había dejado partir. Porque ahora ella era inmortal, y yo la había ayudado a entrar en ese estado. Y porque sabía que esa mañana me llamaría por teléfono.

Mi padre era ingeniero de sonido, ingeniero de grabaciones en estudio. Hacía mucho tiempo que estaba en el negocio, incluso desde antes de la tecnología digital. Los procesos en los que intervenía eran en parte mecánicos, con esa cualidad aparatosa, casi victoriana que se encuentra en la tecnología del siglo veinte. Él era ante todo operario de torno. La gente le llevaba grabaciones de audio y él pirogrababa los

sonidos en surcos sobre una placa circular de laca. Luego, la placa era galvanizada y empleada en la construcción de una prensa que imprimiría discos, esas cosas negras que se ven en las tiendas de antigüedades. Y lo recuerdo una vez, pocos meses antes de morir, contándome que ciertas frecuencias —transitorias, creo que las llamó— podían fácilmente quemar la cabeza, la cabeza cortante, de un torno de grabación. Esas cabezas eran increíblemente caras, así que uno impedía que se quemasen con algo que se llamaba acelerómetro. Y en eso estaba pensando, allí de pie, con los dedos de los pies por encima del agua: la cabeza, ardiendo.

Porque eso fue lo que le hicieron.

Y eso era lo que ella quería.

Lise no tuvo acelerómetro.

Desconecté mi teléfono cuando iba hacia la cama. Lo hice con la punta de un trípode alemán de estudio cuya reparación iba a costar el sueldo de una semana.

Desperté un extraño tiempo después y tomé un taxi de regreso a Granville Island y a la casa de Rubin.

Rubin, en un sentido que nadie entiende del todo, es un maestro, un profesor, lo que los japoneses llaman un *sensei*. De lo que es maestro, en verdad, es de la basura, de trastos, de desechos, del mar de objetos abandonados sobre el que flota nuestro siglo. *Gomi no sensei*. Maestro de la basura.

Lo encontré, esta vez, sentado en cuclillas entre dos máquinas de percusión de aspecto cruel que no había visto nunca: herrumbrosas patas de araña dobladas hacia el corazón de abolladas constelaciones de latas de acero recogidas en los basureros de Richmond. Nunca llama «estudio» al sitio donde trabaja, nunca se refiere a sí mismo como «artista». «Perder el tiempo», dice para describir lo que hace, que aparentemente ve como una extensión de tardes infantiles perfectamente aburridas en patios traseros. Deambula por ese espacio atascado, lleno de basura, una especie de minihangar adosado a la parte del Mercado que da sobre el agua, seguido por la más inteligente y ágil de sus creaciones, como un Satanás vagamente afable empeñado en la elaboración de procesos cada vez más extraños en su continuo infierno *áegomi*. He visto a Rubin programar sus construcciones para identificar y atacar verbalmente a los peatones vestidos con prendas del diseñador más famoso de una estación dada; otras construcciones se ocupan de misiones más oscuras, y unas pocas parecen construidas con el único propósito de reconstruirse con el mayor ruido posible. Rubin es como un niño; también vale mucho dinero en galerías de Tokio y París.

Así que le conté lo de Lise. Me dejó hablar, sacármelo de adentro, y luego asintió con la cabeza. —Ya sé —dijo—. Un imbécil de la CBC ha llamado ocho veces. —Bebió algo de una taza

abollada.— ¿Quieres un Wild Turkey *sour*?

—¿Por qué te llamaron?

—Porque mi nombre aparece en la contracarátula de *Reyes del sueño*. En la dedicatoria.

—Todavía no lo he visto.

—¿Ya trató de llamarte?

—No.

—Lo hará.

—Rubin, está muerta. Ya la cremaron.

—Ya lo sé —dijo—. Y te va a llamar.

—Llévame a casa —dijo, y las palabras me golpearon como un látigo. Creo que sacudí la cabeza—. Llévame a casa. —Había allí niveles de dolor, y sutileza, y una crueldad asombrosa. Y supe entonces que nunca me habían odiado, nunca, tan profunda o

totalmente como esa niñita perdida me odiaba ahora, me odiaba por la forma en que yo había mirado, y luego apartado la mirada, junto a la refrigeradora sólo-cerveza de Rubín. Entonces —si ésa es la palabra— hice una de esas cosas pe uno hace y nunca sabe por qué, aunque algo dentro e uno sabe que nunca podría haber hecho otra cosa.

La llevé a casa.

Tengo dos habitaciones en un viejo edificio de apartamentos en la esquina de la Cuarta y MacDonald, décimo piso. Los ascensores suelen funcionar, y si te sientas en la baranda del balcón y te inclinas hacia atrás, apoyándote en la esquina del edificio de al lado, ves una pequeña ranura vertical de mar y montaña.

Ella no había dicho una palabra en todo el camino desde la casa de Rubín, y la borrachera se me estaba pasando y yo me sentía muy incómodo mientras abría la puerta y la hacía entrar.

Lo primero que vio fue el módulo portátil de borrado rápido que yo había traído del Piloto la noche anterior. El exoesqueleto la llevó por la polvorienta alfombra con ese mismo paso, el paso de una modelo por una pasarela. Lejos del alboroto de la fiesta, oía los ruidos metálicos que ese movimiento producía. Se detuvo allí, mirando el módulo de borrado rápido. Veía las costillas cuando ella se quedaba quieta así, se las adivinaba en la espalda a través del arañado cuero negro de la chaqueta. Una de esas enfermedades. De las antiguas que nunca han identificado del todo o de las nuevas —todas ellas demasiado evidentemente ambientales— a las que ni siquiera han dado nombre. No podía moverse sin ese esqueleto extra, y lo tenía conectado directamente al cerebro, con un interfaz mioeléctrico. Los tirantes de policarbono de aspecto frágil le movían los brazos y las piernas, pero un sistema más sutil, de incrustaciones galvánicas, le controlaba las manos delgadas.

Pensé en patas de rana retorciéndose en un laboratorio de biología de escuela secundaria, y en seguida me odié por pensarlo.

—Esto es un módulo de borrado rápido —dijo, con una voz que yo nunca había oído, distante,

y pensé que tal vez el efecto del *wizz* se estaba desvaneciendo—. ¿Qué hace aquí?

—Edito —dije, cerrando la puerta a mis espaldas.

—No me digas —y se echó a reír—. ¿De verdad? ¿Dónde?

—En la Isla. Un sitio llamado el Piloto Autonómico.

Entonces se dio vuelta, la mano sobre la cadera echada hacia adelante, se balanceó —esa cosa la balanceó— y el *wizz* y el odio y una terrible parodia de lujuria saltaron hacia mí como una puñalada desde aquellos descoloridos ojos grises. —¿Quieres hacerlo, editor?

Y volví a sentir el latigazo, pero no iba a tolerarlo de nuevo. Así que la miré fríamente desde algún punto del núcleo aletargado por la cerveza de mi cuerpo andante, parlante, sano y totalmente normal, y las palabras me salieron de adentro como un escupitajo:

—¿Sentirías algo si lo hiciera?

Un latido. Tal vez parpadeó, pero su cara no lo registró. —No —dijo—, pero a veces me gusta mirar.

Rubín está de pie frente a la ventana, dos días después de la muerte de ella en Los Angeles,

mirando la nieve que cae en False Creek. —¿Así que nunca te acostaste con ella?

Uno de sus tente-en-pies, una lagartija Escher con ruedas, recorre la mesa delante de mí con el cuerpo encogido.

—No —digo, y es verdad. Entonces me río—. Pero nos conectamos a fondo. La primera noche.

—Estabas loco —dice, con cierta aprobación en la voz—. Te podría haber matado. Se te podría haber parado el corazón, la respiración... —Se vuelve hacia la ventana.—¿No te ha llamado todavía?

Nos conectamos a fondo.

Nunca lo había hecho. Si me hubieras preguntado por qué, te habría dicho que yo era un editor y que eso no era profesional.

La verdad sería más bien algo así.

En el oficio, en el oficio legítimo —nunca he hecho pomo— llamamos al producto en bruto «sueños secos». Los sueños secos son descargas neuronales de niveles de conciencia a los que la mayoría de las personas sólo tienen acceso durante el sueño. Pero los artistas, el tipo de artistas con

los que trabajo en el Piloto Autonomico, son capaces de romper la tensión superficial, sumergirse hasta lo hondo, bajar y salir, salir al océano de Jung y traer... pues, eso, sueños. No nos compliquemos. Supongo que algunos artistas siempre lo han hecho, en el medio que sea, pero la neuroelectrónica nos permite tener acceso a la experiencia, y la red lo recoge todo en los cables, de modo que podemos empacarlo, venderlo, ver cómo se mueve en el mercado. Bueno, cuanto más cambian las cosas... Es algo que a mi padre le gustaba decir.

Por lo común recojo el producto bruto después de pasar por un estudio, filtrado a través de varios millones de dólares en pantallas acústicas, y ni siquiera tengo que ver al artista. Lo que le damos al consumidor ha sido estructurado, equilibrado, convertido en arte. Todavía hay gente suficientemente ingenua como para creer que de verdad gozarían conectándose directamente con alguien a quien aman. Creo que la mayoría de los adolescentes lo prueban alguna vez. Desde luego, es muy fácil de hacer; Radio Shack te vende la caja, los trodos y los cables. Pero yo nunca lo había hecho. Y ahora que lo pienso, no sé si podré explicar por qué. Ni siquiera sé si quiero intentarlo.

Sí sé por qué lo hice con Lise, por qué me senté a su lado en mi diván mejicano y le conecté el cable óptico en el enchufe de la columna, el liso risco dorsal del exoesqueleto. Lo tenía muy arriba, en la base de la nuca, escondido bajo el pelo oscuro.

Porque ella aseguraba que era una artista, y porque yo sabía que estábamos trabados, por alguna razón, en combate total, y yo *no* iba a perder. Tal vez para ti no tenga sentido, pero es que nunca la conociste, o la conoces por *Reyes del sueño*, que no es lo mismo. Nunca sentiste el hambre que ella tenía, que no era más que una necesidad seca, horriblemente firme. La gente que sabe *exactamente* lo que quiere siempre me ha asustado, y hacía mucho tiempo que Lise sabía lo que quería, y no quería nada más. Y tuve miedo, entonces, de admitir que tenía miedo, y ya había visto suficientes sueños de desconocidos, en la sala de mezclas de Piloto Autonomico, para saber que los monstruos interiores de la mayoría de la gente no son más que tonterías, cosas absurdas a la tranquila luz de la propia conciencia. Y yo seguía borracho.

Me puse los trodos y moví el conmutador del módulo de borrado rápido. Había desconectado las funciones de estudio para convertir temporalmente ochenta mil dólares en piezas electrónicas japonesas en el equivalente de una de esas cajitas de Radio Shack. —Allá vamos —dije, y toqué el interruptor.

Las palabras. Las palabras no pueden. O quizá sólo un poco, si supiera cómo empezar a describirlo, lo que salió de ella, lo que ella hizo...

Hay un segmento en *Reyes del sueño*; es como si fueras en moto a medianoche, sin luces, aunque por alguna razón no las necesitas, corriendo a toda velocidad por un tramo de carretera en lo alto de un acantilado, tan rápido que vas suspendido en un cono de silencio y el trueno de la moto se pierde a tus espaldas. Todo se pierde a tus

espaldas... No es más que un abrir y cerrar de ojos en *Reyes*, pero resulta ser una de las mil cosas que recuerdas, que visitas, se incorporan a tu vocabulario particular de sensaciones. Asombroso. Libertad y muerte, allí, el filo de la navaja, para siempre.

Lo que recibí fue la versión para adultos, una ráfaga en bruto, una cascada infernal, sin cortes, que caía estallando en un vacío que hedía a pobreza y a falta de amor y a oscuridad. Y ésa era la ambición de Lise, esa ráfaga, *vista desde adentro*.

Quizá haya durado cuatro segundos.

Y, claro, había ganado ella.

Me quité los trodos y miré fijamente a la pared; tenía los ojos húmedos, y los carteles enmarcados daban vueltas.

No podía mirarla. Oí que desconectaba el cable óptico. Oí cómo crujía el exoesqueleto al levantarla del diván. Oí cómo hacía tictac, con cierta coquetería, mientras la llevaba a la cocina a buscar un vaso de agua.

Y me puse a llorar.

Rubin inserta una delgada sonda en el vientre de un lento tente-en-pie y examina los circuitos a través de unas gafas lupa con diminutas luces montadas en las sienes.

—¿Y entonces? Quedaste enganchado. —Se encoge de hombros, levanta la vista. Ha oscurecido, y los haces gemelos me hieren la cara, en su granero de metal hay una humedad helada y del otro lado de las aguas ulula una solitaria sirena.— ¿Y entonces? Ahora me encojo yo de hombros. —Lo hice, eso es todo... No parecía que pudiese hacer otra cosa.

Los haces vuelven a hundirse en el corazón de silicio de su juguete estropeado. — Entonces estás bien. Fue una verdadera elección. Lo que quiero decir es que ella estaba hecha para ser lo que es. Tú tenías tanto que ver con ese sitio donde ella está ahora como el módulo de borrado rápido. Si no te hubiera encontrado a ti, habría encontrado a otra persona...

Hice un trato con Barry, el jefe de edición, y conseguí veinte minutos a las cinco de una fría mañana de septiembre. Lise entró y me disparó con lo mismo, pero esta vez estaba preparado, con los altavoces y los mapas cerebrales, y no tuve que sentirlo. Me llevó dos semanas, juntando los minutos en la sala de edición, reducir lo que ella había hecho a algo que pudiera hacerle probar a Max Bell, propietario del Piloto.

Bell no estaba contento, nada contento, cuando le expliqué lo que había hecho. Los editores inconformistas pueden ser un problema, y la mayoría de los editores terminan por decidir que han encontrado a alguien que será el próximo monstruo, y entonces empiezan a derrochar tiempo y dinero. Asintió cuando terminé el discurso, y entonces se rascó la nariz con la tapa de su rotulador rojo. —Aja. Ya entendí. Lo más excitante desde que a los peces le salieron patas, ¿no es así?

Pero se conectó para probar la demostración que yo había montado, y cuando la grabación salió con un *clic* de la ranura de su consola Braun, se quedó mirando a la pared, sin expresión.

—¿Max?

—¿Eh?

—¿Qué te parece?

—¿Qué me parece? Yo... ¿Cómo has dicho que se llama? —Parpadeó.— ¿Lisa? ¿Quién dices que la tiene contratada?

—Lise. Nadie, Max. Todavía no la ha contratado nadie.

—Santo Dios. —Seguía inexpresivo.

—Sabes cómo la encontré? —pregunta Rubín, esquivando destartaladas cajas de cartón para buscar el interruptor de la luz. Las cajas están llenas de *gomi* meticulosamente clasificado: pilas de litio, condensadores de tántalo, conectores RF,

circuitos experimentales, transformadores ferroresonantes, carretes de cable de barra colectora... Hay una caja llena de cabezas cortadas de muñecas Barbie, otra con manoplas blindadas de seguridad industrial que parecen guantes de traje espacial. La luz inunda la sala, y una especie de mantis de Kandinski hecha con lata recortada y pintada balancea su cabeza, del tamaño de una pelota de golf, hacia la bombilla iluminada. —

Andaba por Granville, buscando *gomi* en un callejón, y la encontré allí sentada. Vi el esqueleto, y ella no tenía buen aspecto, así que le pregunté si se sentía mal. Nada. Sólo cerró los ojos. No es asunto mío, me digo. Pero vuelvo a pasar cuatro horas más tarde y ella no se ha movido. «Mira, cariño, le digo, tal vez tengas el *hardware* apolillado. Yo puedo ayudarte, ¿de acuerdo?»

Nada.

«¿Cuánto tiempo llevas ahí?» Nada. Así que me largo. —Se acerca al banco de trabajo y acaricia las delgadas patas metálicas de la mantis con un pálido dedo índice. Detrás del banco, colgados de un tablero de herramientas hinchado de humedad, hay alicates, destornilladores, pinzas de atar y envolver, un oxidado rifle Daisy BB, separadores, plegadores, sondas lógicas, pistolas de soldar, un osciloscopio de bolsillo, aparentemente todas y cada una de las herramientas de la historia humana, sin la menor intención de orden, aunque nunca he visto vacilar la mano de Rubin.

—Después volví —dice—. Dejé pasar una hora. La encontré desmayada, sin conocimiento, así que me la traje aquí e inspeccioné el exoesqueleto. Las pilas estaban secas. Se había arrastrado hasta allí cuando se le acabó la corriente y se sentó a morir de hambre, supongo.

—¿Cuándo fue eso?

—Como una semana antes de que tú te la llevaras.

—¿Y si se hubiera muerto? ¿Si no la hubieses encontrado?

—Alguien la encontraría. Ella no *podía pedir* nada, ¿entiendes? Sólo *tomar*. No soportaba un favor.

Max le encontró agentes, y un trío de socios pasmosamente hábiles llegó al YVR al día siguiente. Lise no quería ir hasta el Piloto para reunirse con ellos, insistió en que los recibiésemos en casa de Rubin, donde seguía durmiendo.

—Bienvenidos a Couverville —dijo Rubin cuando cruzaron la puerta. Su rostro alargado estaba manchado de grasa, la bragueta de sus maltratados pantalones de fajina más o menos sujeta con un gancho de alambre retorcido. Los muchachos sonrieron automáticamente, pero hubo algo ligeramente más auténtico en la sonrisa de la chica.

—Señor Stark —dijo—, estuve en Londres la semana pasada. Vi su montaje en la Tate.

—*La fábrica de baterías de Marceño* —dijo Rubin—. Dicen que es escatológica, los ingleses...

—Se encogió de hombros.— Ingleses. Quiero decir, ¿quién sabe?

—Tienen razón. Además es muy graciosa.

Los muchachos, allí de pie con sus trajes, resplandecían como faros. La demostración había llegado a Los Angeles. Sabían.

—Y tú eres Lise —dijo la chica, avanzando a duras penas por el camino abierto entre el amontonado *gomi* de Rubin—. Pronto vas a ser una persona muy famosa, Lise. Tenemos muchas cosas de que hablar...

Y Lise se quedó allí, sostenida por el policarbono, y la expresión de su rostro era la que yo había visto aquella primera noche, en mi edificio, cuando me preguntó si quería acostarme con ella.

Pero si la agente se dio cuenta, no lo demostró. Era una profesional.

Me dije que también yo era un profesional.

Me dije que me relajara.

El Mercado está rodeado de fogatas que arden con luz mortecina en latas de acero. Sigue nevando, y los chicos se apiñan junto a las llamas como cuervos artríticos, saltando en uno y otro pie mientras el viento les azota los abrigos oscuros. Más arriba, en las pseudoartísticas, destartaladas chabolas de Fairview se ha congelado en la cuerda la ropa de alguien; los cuadros rosados de sábanas destacan sobre el fondo de mugre y el caos de platos de antena y paneles solares. El molino de viento batidora-de-huevos de algún ecólogo da vueltas y vueltas, vueltas y vueltas a los índices hidrométricos en una burla giratoria.

Rubin camina pesadamente, calzado con zapatos de caucho L. L. Bean salpicados de pintura, la cabeza abultada hundida en una chaqueta militar demasiado grande. A veces uno de los encorvados adolescentes lo señala mientras pasamos, el tipo ése que construye cosas disparatadas, los robots y esa mierda.

—¿Sabes cuál es tu problema? —dice cuando estamos bajo el puente, ya rumbo a la Cuarta—. Tú eres de los que *siempre leen el manual*. Cualquier cosa que la gente construye, cualquier clase de tecnología, va a tener una finalidad específica. Es para hacer algo que alguien ya entiende. Pero si es nueva tecnología, abrirá áreas en las que nadie había pensado antes. Tú lees el manual, hermano, y entonces no juegas, no de la misma manera. Y te asombras cuando alguien usa el chisme para hacer algo que a ti nunca se te había ocurrido. Como Lise.

—Ella no fue la primera. —El tránsito retumba encima de nosotros.

—No, pero seguro que sí es la primera persona que *tú* conoces que se ha traducido a un programa de hardware. ¿No perdiste el sueño cuando el fulano ese lo hizo, hace tres o cuatro años, el chico francés, el escritor?

—En realidad no pensé mucho en eso. Un artilugio. PR...

—Sigue escribiendo. Lo raro del caso es que va a *seguir* escribiendo, a menos que alguien le haga volar el ordenador central...

Hago una mueca, sacudo la cabeza. —Pero no es *él*, ¿verdad? Es sólo un programa.

—Buena pregunta. Es difícil saberlo. En cambio, con Lise lo hemos averiguado. No es escritora.

Lo tenía todo allí adentro, *Reyes*, encerrado en la cabeza de la misma manera que tenía el cuerpo encerrado en aquel exoesqueleto.

Los agentes le consiguieron un contrato con un sello y trajeron un equipo de producción desde Tokio. Ella les dijo que quería que yo editase. Yo dije que no; Max me arrastró a su despacho y me amenazó con despedirme en el acto. Si yo no intervenía, no había razón para hacer el trabajo de estudio en el Piloto. Vancouver no era precisamente el centro del mundo, y los agentes la querían llevar a Los Angeles. Para él significaba mucho dinero, y todo eso podía poner a Piloto Autónomo en el mapa. No podía explicarle por qué me había negado. Era algo demasiado disparatado, demasiado personal; ella me estaba lanzando una última dentellada. O al menos eso fue lo que me pareció entonces. Pero Max hablaba en serio. Realmente no me dejó escoger. Ambos sabíamos que no me iba a caer otro empleo del cielo. Salí de nuevo con él y dijimos a los agentes que lo habíamos resuelto: yo trabajaría.

Los agentes nos enseñaron un montón de dientes. Lise sacó un inhalador lleno de *wizz* y aspiró con todas sus fuerzas. Me pareció ver que la agente enarcaba una ceja perfecta, pero hasta allí llegaba su censura. Una vez firmados los papeles, Lise hizo más o menos lo que quiso.

Y Lise siempre sabía lo que quería. Hicimos *Reyes* en tres semanas, la grabación básica.

Encontraba muchas razones para evitar la casa de Rubin, incluso me creía algunas. Ella seguía quedándose allí, aunque los agentes no estaban muy complacidos con lo que consideraron una absoluta falta de seguridad. Rubin me dijo después que había tenido que llamar a *su* agente para que hablase con ellos y les hiciese un escándalo, pero después de eso parece que dejaron de preocuparse. Yo no sabía que Rubin tuviera un agente. Era fácil olvidar que Rubin Stark era más famoso, en aquella época, que cualquier otro persona conocida, ciertamente más famoso de lo que yo pensaba que Lise pudiera alguna vez llegar a ser. Sabía que estábamos trabajando en algo fuerte, aunque uno nunca sabe cuanto puede llegar a crecer una cosa. Pero el tiempo que pasé en el Piloto fue una experiencia. Lise era asombrosa.

Era como si hubiera nacido para la forma artística, aunque la tecnología que hacía posible esa forma ni siquiera existía cuando ella nació. Ves algo así y te preguntas cómo es posible que tantos miles, tal vez millones de artistas fenomenales hayan muerto mudos, a lo largo de los siglos, personas que jamás pudieron ser poetas, o pintores, o saxofonistas, pero que tenían esa cosa adentro, esas formas de ondas psíquicas esperando los circuitos adecuados...

Aprendí algunas cosas sobre ella, cosas accesorias, en el tiempo que pasamos en el estudio.

Que había nacido en Windsor. Que su padre era norteamericano y había servido en Perú y había vuelto a casa loco y medio ciego. Que lo que le fallaba en el cuerpo era congénito. Que tenía esas llagas porque se negaba a quitarse el exoesqueleto, siempre, porque empezaría a ahogarse y a morirse ante la idea de esa invalidez tan total. Que era adicta al *wizz* y que diariamente consumía lo suficiente para colocar a un equipo de fútbol.

Los agentes trajeron médicos que le acolcharon el policarbono con gomaespuma y cubrieron las llagas con vendajes microporosos. La fortalecieron con vitaminas y trataron de influir en su dieta, pero nadie intentó nunca quitarle el inhalador. Trajeron también peluqueros y maquilladores, y especialistas en vestuario y asesores de imagen y pequeños hámsters PR articulados, y ella soportó todo con algo que casi podía haber sido una sonrisa.

Y a lo largo de esas tres semanas, no hablamos. Sólo conversación de estudio, asuntos artista-editor, un código muy restringido. Sus imágenes eran tan fuertes, tan extremas, que en realidad nunca tuvo que explicarme un efecto dado. Yo tomaba lo que ella emitía y con eso trabajaba, y se lo devolvía otra vez mediante una conexión. Ella decía que sí o que no, y por lo general era sí. Los agentes notaban eso y aprobaban, y le daban a Max Bell golpecitos en la espalda y lo llevaban a cenar, y mi sueldo subió.

Y yo era un profesional, de principio a fin. Útil y minucioso y cortés. Estaba decidido a no volver a quebrarme, y nunca pensaba en la noche en que lloré, y además estaba haciendo el mejor trabajo que había hecho jamás, y lo sabía, y eso, en sí mismo, es una maravilla.

Y entonces, una mañana, a eso de las seis, tras una larga, larga sesión —cuando ella sacó por primera vez aquella secuencia del cotillón fantasmagórico, la que los niños llaman el Baile de los Fantasmas— me habló. Uno de los dos agentes había estado allí mostrando dientes, pero ya se había marchado, y el Piloto estaba en completo silencio, apenas el zumbido de un extractor cerca del despacho de Max.

—Casey —dijo, con la voz ronca por el *wizz*—, siento haberte entrado tan fuerte.

Por un instante pensé que me hablaba de la grabación que acabábamos de hacer. Alcé los ojos y la vi allí, y me sorprendió que estuviéramos solos, pues no lo estábamos desde que habíamos hecho la demostración.

No se me ocurría nada que decir. Ni siquiera sabía qué sentía.

Sostenida por el exoesqueleto, su aspecto era peor que el que tenía la primera noche, en casa de Rubin. El *wizz* se la estaba comiendo debajo del potingue que el equipo de maquilladores repasaba una y otra vez, y a veces era como ver la superficie de la cara de un muerto bajo la cara de una no muy hermosa adolescente. No tenía idea de cuál era su edad verdadera. Ni vieja ni joven.

—El efecto rampa —dije, mientras enrollaba un cable.

—¿Qué es eso?

—El modo que tiene la naturaleza de decirte que pares ya. Una especie de ley matemática, que dice que un estimulante sólo te puede hacer volar muy bien un *x* número de veces, incluso si aumentas las dosis. Pero *nunca* llegas a volar tan bien como lo hiciste las primeras veces. O no deberías poder, en todo caso. Ese es el problema con las drogas sintéticas: son demasiado listas. Eso que te estás metiendo tiene una cola engañosa en una de sus moléculas, te impide convertir la adrenalina descompuesta en adrenocromo. Si no lo hiciera, a estas alturas estarías esquizofrénica. ¿Tienes algún problema, Lise? ¿Como apnea? ¿Se te corta la respiración a veces, al dormirte?

Pero ni siquiera estaba seguro de sentir la rabia que me oía en la voz.

Me miró con aquellos pálidos ojos grises. La gente de vestuario le había cambiado la chaqueta de tienda barata por un blusón negro mate que le escondía mejor las costillas de policarbono. Ella se lo mantenía subido hasta el cuello, siempre, aunque hacía demasiado calor en el estudio. Los peluqueros habían intentado algo nuevo el día anterior, y no había funcionado: su pelo, oscuro y rebelde, era una explosión asimétrica sobre aquel rostro triangular, macilento. Me miró fijamente y sentí aquello de nuevo: la firmeza.

—Yo no duermo, Casey.

Sólo después, mucho después, recordé que me había pedido disculpas. Nunca más lo volvió a hacer, y fue la única vez que le oí decir algo que parecía fuera de su tono.

La dieta de Rubin consiste en bocadillos de máquina expendedora, comida rápida paquistaní, y café exprés. Nunca lo he visto comer otra cosa. Comemos sarnosas en un angosto local de la Cuarta que tiene una sola mesa de plástico calzada entre el mostrador y la puerta que da al retrete. Rubin se come su docena de sarnosas, seis de carne y seis vegetales, en total concentración, una tras otra, y no se molesta en limpiarse el mentón. Es un devoto del local. Aborrece al dependiente griego; el sentimiento es mutuo, una verdadera relación. Si el dependiente se fuera, puede que Rubin no volviese. El griego mira furioso las migas en el mentón y la chaqueta de Rubin. Entre sarnosa y sarnosa, Rubin le responde disparando dagas, los ojos entornados detrás de las manchadas lentes de las gafas con montura de acero.

Las sarnosas son la cena. El desayuno será ensalada de huevos con pan blanco, empacada en uno de esos triángulos de plástico lechoso, además de seis tacitas de exprés venenosamente fuerte.

—No lo viste venir, Casey. —Me mira desde las profundidades de las gafas, cubiertas de huellas digitales.— Porque no eres bueno para el pensamiento lateral. Tú lees el libro de instrucciones. ¿Qué otra cosa pensaste que buscaba? ¿Sexo? ¿Más *wizz*? ¿Una gira mundial? Ella estaba más allá de todo eso. Y eso era lo que la hacía tan fuerte. Estaba más allá. Por eso *Reyes del sueño* es tan grande, por eso los chicos lo compran, por eso *creen* en él. Ellos saben. Esos chicos del Mercado, esos que se calientan el culo junto a las fogatas y se preguntan si esta noche encontrarán un sitio donde dormir, esos lo creen. Es el producto de más éxito que ha salido en ocho años. Un tipo de una tienda de Granville me dijo que le roban más de esas condenadas cintas que lo que vende en total. Dice que hasta almacenarlas es un problema... Lise es grande porque era lo que

ellos son, sólo que más. Ella sabía, hermano. Nada de sueños, nada de esperanza. Tú no ves las jaulas de esos chicos, Casey, pero cada vez lo entienden mejor, que no van a *ninguna parte*. —Se cepilla una miga grasienta de carne que tiene en el mentón, dejando otras tres.— Así que Lise lo cantó para ellos, lo dijo del modo en que ellos no pueden, les pintó un cuadro. Y empleó el dinero en comprarse una salida, eso es todo. Miro el vapor que se condensa y rueda bajando por la ventana en gotas grandes, vetas en la condensación. Del otro lado de la ventana veo un Lada a medio desmontar, con las ruedas quitadas, los ejes en el pavimento.

—¿Cuántos lo han hecho, Rubin? ¿Tienes una idea?

—No demasiados. Es difícil saberlo, de todas formas, porque muchos de ellos probablemente son políticos que imaginamos confiada y cómodamente muertos. —Me lanza una mirada extraña.— No es un pensamiento muy agradable. En cualquier caso, primero apuntan a la tecnología. Aún cuesta demasiado para docenas de millonarios comunes, pero he oído hablar de al menos siete.

Dicen que la Mitsubishi se lo hizo a Weinberg antes de que su sistema inmunológico quedara por fin patas arriba. Era jefe del laboratorio de hibridomas de Okayama. En fin, sus existencias de monoclonales son aún muy altas, así que tal vez sea cierto. Y Langlais, el chico francés, el novelista... —Se encoge de hombros.— Lise no tenía el dinero para hacerlo. Ni siquiera ahora lo tendría. Pero se puso en el sitio adecuado en el momento adecuado. Estaba a punto de morirse, estaba en Hollywood, y ellos ya veían lo que *Reyes* iba a provocar.

El día que terminamos, la banda bajó de un aparato de la JAL que había salido de Londres: cuatro escuálidos chicos que funcionaban como una máquina bien lubricada y hacían gala de un hipertrofiado sentido de la moda y una absoluta falta de emotividad. Los instalé en fila en el Piloto, en idénticas sillas blancas Ikea de oficina, les unté crema salina en las sientes, les puse los trodos y pasé la versión borrador de lo que iba a convertirse en *Reyes del sueño*. Al salir se pusieron a hablar todos a la vez, ignorándome por completo, en la versión británica de ese lenguaje secreto que hablan todos los músicos de estudio, cuatro pares de manos que se agitaban y cortaban el aire. Entendí lo suficiente para concluir que estaban entusiasmados. Que les parecía bueno. Así que agarré la chaqueta y me fui. Ellos podían quitarse solos la crema salina, gracias.

Y esa misma noche vi a Lise por última vez, aunque no lo tenía pensado.

Caminando de regreso al Mercado, con Rubin que digería ruidosamente el almuerzo, las luces rojas traseras se reflejaban en los adoquines mojados, la ciudad detrás del Mercado era una límpida escultura de luz, una mentira en la que lo roto y lo perdido se esconde bajo el *gomi* que crece como humus al pie de las torres de vidrio...

—Mañana tengo que ir a Frankfurt a montar una instalación. ¿Quieres venir? Puedo apuntarte

en calidad de técnico. —Esconde más la cabeza en la chaqueta militar.— No puedo pagarte, pero tienes pasaje gratis, ¿quieres...?

Extraña oferta, viniendo de Rubin, aunque conozco el motivo: está preocupado por mí, piensa que ando muy raro con lo de Lise, y es lo único que se le ocurre, sacarme de la ciudad.

—En Frankfurt está haciendo más frío que aquí.

—Quizá te haga falta un cambio, Casey. No sé...

—Gracias, pero Max tiene un montón de trabajo por delante. Piloto ahora está cotizando alto, la gente viene de todas partes...

—Claro.

Después de dejar a la banda en el Piloto me fui a casa. Caminé hasta la Cuarta y allí tomé el trolley, pasando frente a las vitrinas de las tiendas que veo todos los días, cada una con su iluminación chillona y lustrosa; ropa y zapatos y *software*, motos japonesas agazapadas como escorpiones de esmalte, muebles italianos. Las vitrinas cambian con las estaciones, las tiendas vienen y van. Ahora estábamos en temporada prevacacional, y había más gente en la calle, muchas parejas caminando de prisa y con determinación junto a los luminosos escaparates, buscando ese perfecto lo-que-sea para como-sellame, la mitad de las chicas con esas botas de nailon acolchadas hasta el muslo que habían llegado de Nueva York el invierno anterior, esas que según Rubin les daban aspecto de padecer elefantiasis. Sonreí al pensar en eso, y de pronto caí en la cuenta de que había realmente terminado, que yo había terminado con Lise, que ella ahora sería aspirada hacia Hollywood tan inexorablemente como si hubiera metido un dedo del pie en un agujero negro, arrastrada por la inimaginable fuerza gravitatoria del Gran Dinero. Creyendo eso, que se había ido —y probablemente para entonces se *había* ido— bajé una guardia en mi interior y sentí los contornos de mi lástima. Pero sólo los contornos, porque no quería que por nada se me arruinara la noche. Quería diversión. Hacía mucho tiempo que no la tenía.

Me bajé en mi esquina y el ascensor funcionó al primer intento. Buena señal, me dije. Ya arriba, me desvestí y me di una ducha, encontré una camisa limpia, puse unos *burritos* en el microondas. Siéntete normal, le aconsejé a mi reflejo mientras me afeitaba. Has estado trabajando demasiado. Tus tarjetas de crédito han engordado. Es hora de remediar eso.

Los *burritos* sabían a cartón, pero llegué a la conclusión de que me gustaban por lo agresivamente normales que eran. Mi coche estaba en Burnaby, donde le estaban reparando las fugas de la célula de hidrógeno, así que no iba a tener que molestarme en conducir. Podría salir, buscar diversión y llamar al día siguiente al trabajo para decir que me sentía enfermo. Max no se enfadaría. Estaba en deuda conmigo.

Estás en deuda conmigo, Max, le dije a la helada botella de Moskovskaya que saqué del congelador. Si lo estarás. Vengo de pasar tres semanas editando los sueños y las pesadillas de una persona que está muy pero muy jodida, Max. Para tu beneficio. Para que puedas crecer y prosperar, Max. Serví tres dedos de vodka en un vaso de plástico que había quedado de una fiesta que había dado el año* anterior y volví a la sala.

Alguna vez tengo la impresión de que aquí no vive nadie en particular. No porque esté desordenado: soy un buen amo de casa, aunque un poco robótico, y hasta me acuerdo de quitar el polvo de la parte superior de los marcos de los carteles y de las cosas, pero hay momentos en que la casa me da de pronto un leve escalofrío, con su elemental acumulación de elementales bienes de consumo. No es que desee, en realidad, llenarla de gatos ni de plantas de interior ni nada, pero hay momentos en que veo que cualquiera podría estar viviendo aquí, que cualquiera podría poseer estas cosas, y todas me parecen intercambiables, mi vida y la tuya, mi vida y la de cualquiera...

Creo que también Rubin ve las cosas de ese modo, todo el tiempo, pero para él eso es una fuente de fuerza. Él vive en la basura de otras personas, y todo lo que arrastra a casa debe de haber sido nuevo y reluciente alguna vez, debe de haber significado algo para alguien, por muy poco que fuera. El lo mete todo en su camión loco y se lo lleva a casa y lo deja fermentar allí hasta que se le ocurre hacer algo nuevo con todo eso. Una vez me estaba mostrando un libro sobre arte del siglo veinte que a él le gustaba, y había una foto de una escultura automatizada llamada *Los pájaros muertos vuelven a volar*, una cosa que hacía girar y girar a verdaderos pájaros muertos sujetos a un cordel, y él sonreía y asentía, y yo veía que consideraba que el artista era para él una

especie de antepasado espiritual. Pero, ¿qué podría hacer Rubin con mis carteles enmarcados y mi diván mejicano traído de la Bahía y mi cama de goma espuma comprada en Ikea? Bueno, pensé, tomando un primer sorbo helado, pues algo se le ocurriría, lo cual explicaba que él fuera un artista famoso y yo no.

Me acerqué a la ventana y apreté la cara contra el vidrio cilindrado, tan frío como el vaso que tenía en la mano. Hora de salir, me dije. Estás mostrando los síntomas de ansiedad del soltero urbano. Hay remedios contra eso. Termina el trago. Sal.

Aquella noche no alcancé un estado de diversión. Tampoco di muestras de sentido común y adulto para resignarme, irme a casa, ver alguna película vieja y quedarme dormido en el diván. La tensión que aquellas tres semanas me habían acumulado adentro me impulsaba como el muelle real de un reloj mecánico, y seguí haciendo tictac por la ciudad nocturna, lubricando mi avance más o menos aleatorio con más tragos. Era una de esas noches, concluí rápidamente, en que te deslizas en un continuum alterno, una ciudad que se parece en todo a la ciudad en que vives, excepto por la peculiar diferencia de que no alberga a ninguna persona que ames o conozcas o con la que al menos hayas hablado antes. En noches así, puedes entrar en un bar conocido y descubrir que han cambiado el personal; entonces comprendes que el verdadero motivo para ir allí era simplemente ver una cara conocida, en una camarera o en un barman, quien sea... Se sabe que esas cosas atenían contra la diversión.

Seguí rodando, sin embargo, por unos seis u ocho sitios, y terminé por rodar hacia el interior de un club de West End que tenía aspecto de no haber sido redecorado desde los noventa. Mucho cromo descascarado sobre plástico, hologramas borrosos que te daban jaqueca si tratabas de descifrarlos. Creo que Barry me había hablado de aquel sitio, aunque no logro imaginar por qué.

Miré alrededor y sonreí. Si lo que buscaba era deprimirme, había llegado al sitio ideal. Sí, me dije, mientras me sentaba en un taburete en la esquina de la barra, aquello era genuinamente triste, la depresión extrema. Lo bastante horrible para interrumpir la inercia de mi mediocre velada, lo cual era sin duda algo bueno. Me tomaría uno más para el camino, admiraría la caverna, y luego un taxi a casa.

Y entonces vi a Lise.

No me había visto todavía, y yo aún tenía el abrigo puesto, el cuello de paño alzado para protegerme del frío. Ella estaba en la otra esquina de la barra y tenía un par de copas vacías enfrente, de las grandes, de las que vienen con esas sombrillitas de Hong Kong o con una sirena de plástico adentro, y cuando alzó la mirada hacia el chico que estaba a su lado, le vi el destello de *wizz* en los ojos, y supe que aquellos tragos nunca habían contenido alcohol, porque los niveles de droga que estaba consumiendo no tolerarían la mezcla. El chico, en cambio, estaba ido, borracho, sonriente, entumecido y a punto de resbalarse del taburete, y diciendo algo mientras hacía repetidos intentos por enfocar los ojos y obtener una mejor imagen de Lise, sentada allí con el blusón de cuero negro del equipo de vestuario cerrado hasta el mentón y el cráneo a punto de asomar ardiendo a través de la cara blanca como una bombilla de mil vatios. Y viendo aquello, viéndola allí, supe en seguida un montón de cosas.

Que se estaba muriendo de verdad, ya fuera por el *wizz* o por la enfermedad o por una combinación de las dos cosas. Que lo sabía de sobra. Que el chico estaba demasiado borracho para darse cuenta del exoesqueleto, pero no tan borracho como para no tomar nota de la costosa chaqueta y del dinero que ella tenía para beber. Y que lo que yo estaba viendo era exactamente lo que parecía.

Pero no podía comprender, así de golpe, no podía hacer cálculos. Algo dentro de mí se encogió. Y ella sonreía, o al menos hacía algo que a ella le debía parecer una sonrisa, la expresión que sabía apropiada para la situación, y asentía a tiempo a las necesidades

que balbuceaba el chico, y aquella horrible frase suya me vino a la memoria, aquello de que le gustaba mirar.

Y ahora sé algo. Sé que si no hubiera pasado por allí, si no los hubiera visto, habría podido aceptar todo lo que vino después. Hasta podría haber encontrado un modo de disfrutarlo en su nombre, o encontrar una forma de creer en lo que ahora se ha convertido, sea lo que sea, o lo que ha formado su imagen, un programa que finge ser Lise hasta tal punto de que cree ser ella misma.

Podría haber creído lo que cree Rubin, que ella estaba verdaderamente más allá, nuestra Juana de Arco *hi-tech* que ardía por la unión con aquella divinidad de Hollywood, que nada le importaba salvo la hora de la partida. Que arrojaba ese cuerpo pobre y triste con un gemido de alivio, liberada de los lazos de policarbono y carne aborrecida. Bueno, después de todo quizá lo logró. Quizá haya sido así. Estoy seguro de que ella esperaba que fuese de esa forma.

Pero viéndola allí, con la mano de aquel borrachito en la suya, aquella mano que ni siquiera podía sentir, supe, de una vez por todas, que ningún motivo humano es completamente puro. Hasta Lise, con ese corrosivo y demencial impulso hacia el estrellato y la inmortalidad cibernética, tenía debilidades. Era humana de una forma que me costaba mucho admitir. Había salido aquella noche, supe, para darse el beso de despedida. Para encontrar a alguien que estuviera lo bastante borracho como para hacerlo por ella. Porque, supe entonces, era cierto: le gustaba mirar.

Creo que me vio, al salir. Y salí casi corriendo. Si me vio, supongo que me habrá odiado más que nunca, por el horror y la lástima que había en mi cara.

No la vi nunca más.

Un día le voy a preguntar a Rubin por qué el Wild Turkey *sour* es el único trago que sabe preparar. Fuerza industrial, esos *sours* de Rubin. Me pasa la taza de aluminio abollada mientras su casa hace tictac y se agita a nuestro alrededor con la furtiva actividad de sus creaciones más pequeñas.

—Deberías venir a Frankfurt —dice otra vez.

—¿Por qué, Rubin?

—Porque dentro de muy poco ella te va a llamar. Y creo que quizás no estás preparado para eso. Todavía estás confundido, y esa cosa va a sonar como ella y pensar como ella, y tú te vas a poner muy raro. Ven conmigo a Frankfurt para que puedas respirar un poco. Ella no sabrá que estás allá...

—Ya te lo he dicho —insisto, recordándola en la barra de aquel club—: mucho trabajo. Max...

—A la mierda con Max. Hiciste rico a Max. Max puede sentarse a esperar. Tú mismo eres rico, con los derechos de autor de *Reyes*, pero eres demasiado terco para informarte sobre tu cuenta bancada. Puedes permitirte unas vacaciones.

Lo miro y me pregunto cuando le contaré lo de la última imagen de ella. —Rubin, te lo agradezco de verdad, hermano, pero es que...

Suspira, bebe. —¿Pero qué?

—Rubin, si ella me llama, ¿es ella?

Me mira un buen rato. —Sólo Dios lo sabe. —La taza hace clic en la mesa.— Mira, Casey, la tecnología está ahí, ¿entonces quién, quién puede saberlo?

—¿Y tú piensas que me debería ir contigo a Frankfurt?

Se quita las gafas de montura de acero y las pule con eficiencia con la parte delantera de la camisa de franela a cuadros. —Sí. Necesitas ese descanso. Quizá no lo necesites ahora, pero lo necesitarás más adelante.

—¿Cómo es eso?

—Cuando tengas que editar su próxima grabación. Cosa que no tardará en ocurrir, sin duda, porque ella necesita dinero con urgencia. Está contratando un montón de ROM en la computadora central de alguna corporación, y sus derechos por *Reyes* no le van a alcanzar para pagar lo que tienen que ponerle allí. Y tú eres su editor, Casey. ¿Quién más?

Y yo sólo lo miro mientras vuelve a ponerse las gafas, como si no pudiera moverme.

—¿Quién más, hermano?

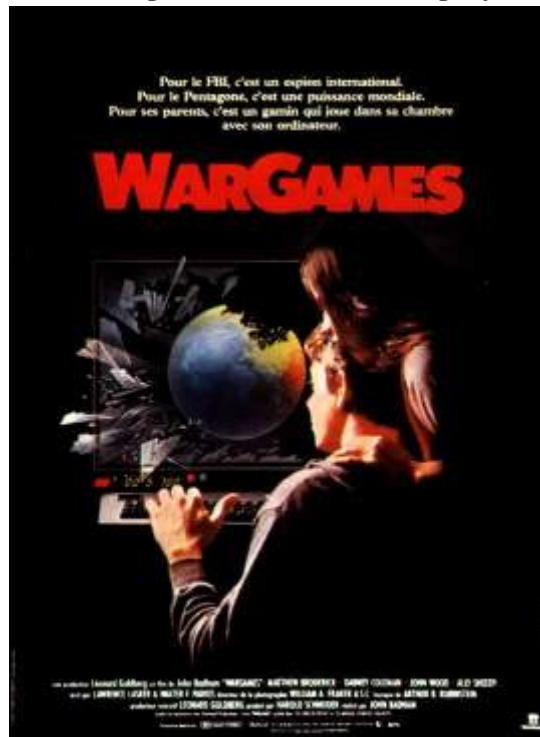
Y justo entonces una de sus construcciones hace *clic*, un ruido limpio y diminuto, y me doy cuenta de que Rubin tiene razón.

HISTORIA DEL CINE CIBERPUNK. (Capítulo 9) Proyecto Brainstorm. Wargames Raúl Aguiar



Como en otras películas donde la tecnología es uno de los personajes principales, **Proyecto Brainstorm** es una especie de filme precursor que explora, a través de la ciencia ficción, la invasión de la mente por la tecnología y las consecuencias asociadas a este hecho. Una película menor, alcanzó la fama porque en ella actuó por última vez Natalie Wood, quien murió antes de que finalizara el rodaje. Sin embargo la idea es bastante interesante y luego sería retomada en otros filmes como *Días extraños*, de 1995, .El doctor Brace y la Doctora Reynolds están a punto de culminar un proyecto de nuevo tipo: un experimento de realidad virtual que envía información sensorial al cerebro, una máquina grabadora que, unida a unos sofisticados sensores de ondas cerebrales, puede leer y grabar todas las sensaciones físicas y emocionales del individuo. Y como una especie de telepatía generada por computadoras, quieren conseguir que esa suma de sensaciones grabadas en una cinta, pueda ser reexperimentada por otra persona diferente. Cuando uno de los trabajadores sufre un ataque al corazón, Michael (actuado por Christopher Walken) intentará llevar a cabo un experimento para descubrir lo que sucede después la muerte.

La otra gran película de 1983, y también precursora en lo que se refiere al tema de los hackers es **Juegos de Guerra**



(**Wargames**) de John Badham. David es un joven hacker con grandes habilidades con los ordenadores y otros sistemas electrónicos. Aprovecha sus conocimientos para encontrar nuevos videojuegos antes que nadie, introduciéndose con su ordenador por las «puertas traseras» de las empresas fabricantes de software. En una de sus incursiones se encuentra con W.O.P.R., un superordenador ultrasecreto al que el mando militar norteamericano ha otorgado el control del arsenal nuclear para evitar «errores humanos» en caso de conflicto bélico. Las aventuras de David cobran un giro inesperado cuando lo que él cree que es un juego de simulación amenaza con convertirse en una verdadera guerra termonuclear global. Con la ayuda de su compañera de colegio Jennifer y el Dr. Falken, un pionero de la informática, emprenderán una carrera contrareloj para salvar el mundo.

Juegos de Guerra fue una de las primeras películas con hackers quinceañeros. David es un hacker auténtico, que explora con su ordenador para aprender y conocer nuevos sistemas. Sus amigos le enseñan todos los trucos que necesita para aprender nuevas técnicas. Consigue la hazaña soñada por todo hacker, el equivalente a colarse en el Pentágono. Utiliza hackeos de baja tecnología para llamar gratis por teléfono, abrir puertas, cambiar sus notas en el colegio y entrar en sistemas ajenos – además de para asombrar a su «amiga» de clase. En sus incursiones de hacking emplea la técnica del war dialing para marcar todos los números de un prefijo y encontrar ordenadores en los que realizar incursiones. Los 80 eran la época de los módems y las BBS. Durante la preparación del guión, Lawrence Lasker hizo un montón de amistades en los círculos de hackers y expertos en seguridad. Luego dirigiría Sneakers, otra mítica película geek.

